eva burgos

enrique amorim



14

LIBROS POPULARES alfa

ENRIQUE AMORIM

EVA BURGOS

NOVELA

Editorial Alfa
Montevideo

Queda hecho el depósito que marca la Ley
Editorial Alfa, Ciudadela 1389, Montevideo

Printed in Uruguay Impreso en el Uruguay

La cama era estrecha. Crujía a cada momento. Pero el ruido de los viejos elásticos lo conducía sin cesar a recordaciones juveniles. Así se quejaban las camas de sus años mozos. Con sensaciones de otros tiempos su cuerpo recuperaba un vigor de adolescencia, a pesar de frisar la cuarentena. Moverse un poco a la izquierda o a la derecha, ya para estar a gusto, ya para ceder un poco de espacio a la muchacha que tenía a su lado, resultábale tonificante. Carlos Pando sonreía. ¿Cómo no sonreir en la penumbra, si, por muy ingenioso que se tornara, jamás ella, Eva, entendería la sensación que lo embargaba? Pensó también que volvía a ser pobre y a frecuentar pensiones de segundo orden, con camas enclenques. A la sazón conocía lo que era un lecho de amor, y hasta podía contar a sus amigos en qué consistía "il letto napoletano". ¿Cómo no sonreir bajo las sábanas en aquella precaria peripecia?

El frío de un crudo día de julio era matador. Si sacaba el puño para alcanzar uno de los barrotes de la cama de hierro, su mano huía despavorida y volvía a meterse bajo las mantas. Eva no tentaba semejante aventura. Quieta como una rama recién cortada que aun goza de los privilegios de las otras ramas del árbol, Eva respiraba con miedo, y en el

aliento íbanse graduando las alteraciones de la sangre. Quizás pensaba en lo confortablemente que se puede estar en cama de una plaza cuando es ocupada por dos cuerpos sosegados. El hombre mantenía las vestimentas. Era de suponer que lo hacía para no enfriarse. Pero, como sonreía, Eva creyó que le jugaba una broma. La sonrisa estaba expuesta al frío de afuera y ella alcanzaba una migaja apenas del rostro satisfecho y triunfal del hombre.

Eva había cumplido el rito de desnudarse chispeada de quejas: "no mirés... ¿eh? ¡Qué frío hace, mamita mía! Te digo que no mirés..." Pero el trance inicial ya no servía para nada, Era el pasado. Lo que interesaba en ese instante era vencer el frío, derrotar por lo menos uno de los fantasmas de la miseria. Los dos cuerpos vencían.

El amor lo puede todo —pensó Pando—. Altera la respiración de Eva; la hace ritual, consabida y afín. Pensó también: el logro de lo cotidiano, aunque minúsculo, puede hacer feliz a una vida. Luego, ya con un calor animal que elaboraban las íntimas esencias de la cita, se preguntó si había realmente amor en aquel encuentro aparentemente desigual. En la desigualdad, en el contraste, imperaba un secreto.

Pando acababa de enviudar. Había sido feliz con su mujer, pues consiguió, después de largos años, borrarle la imagen del anterior marido de su compañera. Carmen era viuda, una viuda sin hijos. Se había casado con Pando segura de poder realizar el único sueño de que se sentía capaz: engendrar. Tampoco superó a su destino, pues murió de un ataque al corazón sin haber quedado nunca encinta.

Pando resultó, a la postre, mucho mejor persona de lo que la finada creía. Jamás le dijo que su esterilidad se debía a una enfermedad contraída con su anterior marido. El médico que consultaron

así se lo explicó. Pando aceptó la mutua desgracia con una entereza que Carmen soslayaba. Pasaron los años, y el fracaso matrimonial en el propósito de reproducirse se fue diluyendo. La viuda olvidó su corto primer matrimonio y Pando era ahora un hombre sano de 38 años refugiado bajo las sábanas de una muchacha de espléndida belleza. Descubrió que las sábanas de la cama que ocupaba en una de las primeras tentativas de poseerla estaban raídas por el uso. Pando las miró como a seres familiares. Carmen, mujer práctica educada dentro del marco estricto de una burguesía acomodada, casi rica, no se había atrevido a pasar sus antiguas sábanas de rico hilado —las del primer matrimonio— a otras personas que pudieran aprovecharlas por necesitadas. Utilizó poco a poco la mantelería; y por fin las sábanas, mudos testigos de su primer matrimonio, sirvieron para amortajar la segunda tentativa de vencer al destino. Pero ella estaba muerta, a pocos pasos de la casucha vecina del cementerio del pueblo donde se hallaba con Eva.

Intransferibles sensaciones resultaban las suyas. Para amar con más ímpetu necesitaba recordar su pasado. Tal vez para sentir a Eva con mayor intensidad. Era el suyo un pasado convencional de estricta normalidad. Sus negocios fueron brillantes porque brillaban las maquinarias, y suyas fueron las mejores importadas. Debió levantar copas de champagne y hacerlas chocar con otras sostenidas por torvos hombres de negocios de acento extranjero. Recuerda ahora que alguien le había dicho, al saber que no tenía frac en su ropería, que sin la "vestimenta negra" no iría muy lejos. Quizás por ello no se puso luto a la muerte de Carmen. Tampoco a la de su madre. Fácil manera de ser original entre comerciantes al por mayor, a los que había de contrariar algunas veces para no ser del

montón. En aquellos momentos evocativos de su pasado se hallaba vestido en la cama de hierro de una casucha del arrabal. Bien podía la muchacha asegurarle que nadie vendría a sorprenderle en paños menores. Se lo había dicho antes de que empezaran a transpirar levemente como si un rocío maravilloso invadiera las carnes firmes de Eva. Tenue rocío, casi como una ilusión, que transmitían las manos del hombre al palpar los seños de la muchacha.

El invierno los celaba. Ráfagas de viento helado oíanse, más que sentíanse, pasar por la calle. El lecho se fue transformando en el bello cubil que añoran las fieras de todas las montañas y logran, acaso, algunos pastores de raza. De la cabeza a los pies, Eva alcanzaba la categoría del leño ardiendo. La savia deja pasar su transpiración lentamente. Luego la llama hace rezumarse la vida acuosa de la astilla. Pando colocó el oído derecho sobre el grumo de lana mal cardado de la almohada. Y escuchó —después creyó que soñaba— lo que Eva le contó de su breve vida. Del lapso que va de su nacimiento a aquel instante en que se guarecía entre los brazos de un hombre fuerte, vestido de pies a cabeza y cuyas manos se detenían largamente en los hoyuelos de Venus que Eva ignoraba poseer, definidos, como en todo cuerpo escultural.

"Todos esos chicos que ustedes ven en las barriadas, todos, todos fueron hechos en Montevideo. Mi madre no es la única ni es la primera que viene a dar a luz aquí. Oí decir a uno de ustedes que no se ven más que mujeres encinta. Si vienen llenas... No se empreñan aquí. Vienen de Montevideo, de otros lados donde ellas no pueden tener hijos. ¿Comprende? Si los hombres lo saben no les miran más la cara. Las verguenzas las dejan por aquí. Una tía mía vino, parió y dejó el nene a

una vieja. Todas esas viejas que andan entre los ranchos no hacen más que cuidar gurises. Se hacen cargo de los recién nacidos y los van alimentando poquito a poco. Esperan que la madre salga a trabajar y les pague el servicio. Las que regresan a Montevideo, a veces mandan plata. Las viejas quedan contentas y la gastan toda en los chiquitos. Por eso hay tanto muchachito y tanta vieja en el rancherío. Claro que alguna se va y no manda nunca nada. Muchas se olvidan. A mí me dejaron con una vieja que yo creía hasta hace poco que era mi madre. Pero no tenía nada que ver conmigo. No bien me bajó la regla, me cargaron. Había uno, un corredor de chocolatines "Aguila", que parecía un carancho. Me preguntaba, desde los once, si me había bajado; y me tocaba los senos. Tanto hizo, que al fin me bajó. Pero el chocolatinero tuvo que bajar a Montevideo, y entonces un muchacho grande, sin darse cuenta de si podía hacer, me llevó abajo del puente del Cementerio. Como era verano nos gustó estar a la sombra del puente. Pasaba un arroyito. Cuando me hizo se nos vino la noche encima. No me animé a volver a casa. Ni sé por qué no me animé. Quedé en el mismo lugar, sin moverme. Me gustaba quedarme. Tenía miedo, pero tenía también ganas de seguir besándome con el muchacho. Pero él se fue. Dijo que la madre lo retaba si volvía tarde. A eso del medio día me vio desde arriba del puente y me preguntó que hacía. Yo no supe explicarle lo que me pasaba ni lo que hacía. Si hubiese sido el de los chocolatines, por lo menos algo me iba a dar de comer. Le hice señas de que tenía hambre. Se le ocurrió desaparecer, volviendo con un paquete, atado con hilo de pandorga que conservaba de la Semana Santa. Dejó caer un hueso de puchero y un pedazo de pan. No se animaba a bajar a verme. Me tenía miedo. Creo que había otro mucha-

cho con él, porque se daba vuelta como consultándolo. Eran dos; si, eran dos; después fueron tres. Al segundo día aparecieron cinco, todos asomados al borde del puente. Cuando pasaba gente miraban para otro lado, haciéndose los bobos. Después me llamaban por mi nombre. Yo les pedía que se callaran. Me tiraron pan, galleta y queso. Eso les divertía, pero ninguno se animó a bajar. La segunda noche la pasé acariciando el lomo de un perro. La tercera me pareció que no terminaba nunca. Al amanecer pasó un vigilante a caballo y me vio. Quise esconderme. Fue para peor. Bajó y me llevó presa. Yo dije que andaba perdida. El vigilante era viejo y estaba sucio. Un sargento me quiso tocar y le bajé el casco de un sopapo. Como vino otro a ver qué pasaba, entre los dos me prometieron cosas horribles que entendí un mes más tarde. Pero me llevaron a mi casa, porque al fin dije que recordaba dónde vivía. La vieja no me hablaba. Creyó que yo habia perdido la memoria. Lo demás no se notaba. ¿No sentís mucho calor? Yo me estoy asando".

Pando sintió aquel cuerpo húmedo que inundaba el suyo como una marea inefable. Pero era la fragancia lo que lo cautivaba. Era el olor joven y auténtico que se escapaba de bajo las sábanas y ascendía como culebreo de serpiente fatal entre pliegues y momentáneos dobleces de las ropas. Necesitó pensar en algo muy remoto para evitar la imagen de Eva bajo el puente con la herida fatal y el yuyo seco que debió rociar la sangre. No quería pensar en Eva. Recordó al poeta Chesmann, que adquirió un islote en las islas Salomón, habitado por un centenar de indígenas. "Todos los días —le había dicho el poeta— se presentaban seis o siete muchachas que traían disueltos en sus manos los más atrayentes aromas. Ofrecíanme la palma de la mano abierta como una flor para que yo eligiera. Una

vez seleccionada la preferida de ese día, por la noche, a mi regreso de la jornada de cacería, la hallaba, honrando a sus padres, instalada convenientemente en mi lecho de amor".

Pando recordó al poeta millonario. Meditó luego sobre la vida, tan bien organizada para cierta gente. Y, bajando el hocico, reduciendo la barbilla, exhaló el vaho del calor animal que manaba de la cama.

Carlos Pando bien podía haber hecho el amor sobre la cama matrimonial. Pero no lo hacía. Necesitaba para su conciencia respetar los elásticos del *pullman*.

Eva, después que hubo contado la pequeña historia, al darse cuenta de que era la primera vez que honraba a alguien con su secreto, se quedó dormida. Tan dormida como la tercera noche entre las hierbas rústicas, en el pastizal que crece bajo los puentes, abonados de la escoria, la basura y los residuos.

Pando nunca había experimentado una delicia mayor. El abundante sueño de los jóvenes tiene un aroma singular que conduce al escondido camino de la muerte.

Eva no se mostraba satisfecha de un encuentro casual con Pando. Al acercar el automóvil, él frunció sus narices como si oliera mal o quizá muy bien. Eva sonrió. Se sentía linda aquel medio día, camino de su rancho del arrabal. La gente volvía a sus casas en busca de la sopa caliente, del jugoso asado, del puchero ritual. O, simplemente, del entretenido aperitivo del mate. Nadie se perdía la oportunidad de dirigirle un piropo. Algunos la miraban, nada más, con evidente temor de ser des-

cubiertos. Pando detuvo el coche, de gran tamaño, que Eva bien reconocía, y le preguntó qué hacía, antes de fruncir las narices con aire gracioso.

—¿Qué te pasa? —se atrevió ella a tutearlo por vez primera.

—Olés demasiado —dijo él, antes de lisonjearla.

—Se me habrá ido la mano —respondió Eva con voz musgosa y matinal—. Salgo de la cama.

—¿De qué cama? —inquirió Pando.

—De la mía, estúpido. ¿De cuál, entonces?

—Por el perfume no me parece.

Y le hizo una seña para que subiera al coche.

Una vez instalada a su lado, a Pando le pareció que era cortesía suya preguntarle qué hacía.

—No hago nada —contestó Eva—; ¿que querés que haga?

—¿No te podés colocar?

—Imposible. Ya nadie me quiere tomar. Las dueñas de casa me creyeron siempre una de ésas... Y los patrones, no bien la señora mira para otro lado, me guiñan el ojo o me dan un manotón. Algunos esperan turno para disputarme a sus hijos.

Pando se sentía molesto. No por la compañía, sino por el perfume, cuyo rastro podía quedar impreso en los cojines del lujoso Nash, uno de los más hermosos coches del pueblo.

—¿A dónde te llevo? —consultó él con voz afectuosa.

—Déjame donde te venga bien. Me da lo mismo.

El sacó unos billetes y los puso en la mano de Eva.

—Gracias —dijo ella—; esta noche voy a dormir a gusto, por lo menos una noche.

—Explícame —dijo él, interesado.

—Y, claro, como es sábado, el mozo de Las Ranas trabaja hasta el amanecer. Me presta su cama y allí duermo lindo. Cuando regresa ya estoy bañada

y me voy a ver la crecida del río. ¡Qué baño de agua caliente tiene el gordo!

—¿Te presta la cama? —preguntó Pando— ¿La casa?

—Vive solo. Qué le importa... Todos creen que ando con él. El pobre enano me deja libros de posturas para que yo los vea... O me señala una novelita del "Para Ti". Me duermo con la luz prendida. ¿No te gusta dormir con la luz prendida? Es tan lindo...

Pando se aproximaba a un lugar en que lo comprometía la presencia de Eva en el coche. Saludó a un amigo que pasaba en otro automóvil.

—¿Quién es ese guacho?

—¿Por qué guacho? —preguntó Pando, molesto.

—No tiene más de veinte años —respondió Eva.

—¿Te gusta? —dijo Pando deteniendo el coche—. Es un lindo muchacho.

—Me da lo mismo, pero no es feo. Tiene buena pinta. ¿Es alto, ché? Porque los petisos me hacen vomitar.

—Creo que es alto —respondió Pando, sin ganas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Eva, como cumpliendo una obligación. Poco le importaba el nombre del guacho.

—Se llama como yo —contestó Pando.

—¿Cómo vos?

Y haciendo una pausa extraña:

—Vos te llamás Carlos, ¿nó?

—Si, Carlos —dijo Pando con fastidio.

—Entonces es tu tocayo...

—Tu tocayo —replicó él sin darse cuenta.

Eva lo miró un momento y le dijo:

—Tenés puesto el mismo traje de aquel día. ¿Te acordás?

A Pando le dio verguenza verse vestido con la indumentaria de una inexplicable pero no olvidada

tarde de invierno. Pensó también que el traje era del año pasado.

Eva, con ademán molesto por la innecesaria violencia, cerró la puerta del hermoso Nash de color gris perla repitiendo la palabra *tocayo* en una forma rara en ella. Carlos Pando no alcanzó a oir las últimas palabras, ocupado en desmadejar los sentimientos que lo rodeaban. ¿Qué pensaría Carlos Ochoa, "el vasquito Ochoa", de su poca seriedad? Luego se distrajo con la idea de que Eva no podría trabajar ni aun de mucama en una casa cualquiera, con aquel cuerpo, con aquellas formas. Era una desgracia insólita. Tampoco podía ocupar un puesto en una oficina, aunque fuese la más diligente secretaria. Como tal no lo pretendía. No eran sus senos senos de secretaria, ni sus muslos muslos de sirvienta, ni sus ojos ojos de fregona. Necesitó recordar que Eva dormía en el suelo como los perros, cambiando de lugar cuando llovía. No quería recordar nada más.

Volvió a distraerle la atención la sensación olfativa. Ya no era la Eva que él había disfrutado. Era un perfume conocido, un Chanel bastante caro, lo sabía muy bien su bolsillo. Un perfume común a las rameras y las señoras.

La exposición - feria conmovía al pueblo. Los diarios publicaban a media página fotografías de carneros ilustres y de toros campeones. Las niñas de quince años exigían pareja publicidad, y la alcanzaban. Los cabañeros formaban jurados expertos y determinaban premios con más técnica y rigor que los de Literatura o Artes Plásticas. Nunca entre jurados se suscitaron diferencias. La feria era

la fiesta anual del trabajo. Nadie quedaba al margen. Llegaban mujeres de otros lugares alegres del país. Las casas de modas no daban a basto, ni los sastres y las joyerías y las tiendas. El comercio desquitaba sus déficits. Todo lo que brillaba tenía más luz, y lo opaco era disimulado, y perdonada la fechoría. Las relaciones entre sexo y abundancia siempre estuvieron ligadas. Los forasteros sabían que en las pensiones había "inéditas" muchachas de todo pelo, y que cualquier chofer poseía más de tres direcciones de acogedoras casas arrabaleras. Como habían llegado funcionarios de rango, no podía descuidarse la faz amena de las estadías. Un ministro o dos diputados alternaban con el pueblo. Las autoridades proyectaron actos oficiales y homenajes privados. El ministro no podía dar el espectáculo de tomar un trago de más de los tolerados en público. El ejemplo a veces cunde, y los votantes no siempre son pasivos. La prensa, entretenida en animar la feria, no repararía en acciones repudiables. Por otra parte, la transmisión oral es la que vale todavía. La versión de alguien "que lo vio" tiene más valor que el papel impreso. De ahí que se imponga "la prensa oral". Palabras *impresas* en el éter y lanzadas a los cuatro vientos pueden prestigiar al político.

—Han cerrado La Rubí —dijo uno de los que esperaban la salida del sol para guarecerse en el prostíbulo.

—No puede ser —exclamó quien consideraba seriamente la oportunidad de la feria—. ¿En estos días, con tanto forastero?

—No; la cerraron —explicó el noctámbulo— porque está un ministro adentro.

Y rieron un poco, no mucho.

La clausura del prostíbulo populachero no se había registrado en muchos años. Los tiempos cam-

biaban. El comisario de la seccional hizo su recorrida de rigor, y le molestó que el Jefe hubiese cerrado el lunapar sin advertírselo. El barrio tenía que soportar la juerga. La noticia llegó a los bares del pueblo con rapidez de alarma. No se trataba del cierre por primera comunión de la Maisón Tellier de Maupassant. Se cerraba por la doctoral asistencia del ministro.

Al comisario le dio fastidio y preparó una venganza que sospechaba provechosa para alguno de los policías de la fracción opuesta al frenético ministro. Trató de que se fugaran del albergue tres muchachas espléndidas en su minoría de edad. Con la escasez de mujeres ante la avalancha de estancieros, la medida estaba en relación con la tolerancia del juego. Valía una cosa por la otra.

Las tres menores se fugaron. Pero no había que dejar que se alejaran del pueblo. Debían aprovecharse de la feria y de sus sobras. Sobre todo Eva debía rendirle a un caudillito de barriada. Era una forma de ejercitarse en el dominio de los electores futuros. Eva cayó en manos del policía para intentar su regeneración.

—No vas a hacer lo que te de la gana, gata de mierda —le dijo el de investigaciones—. No te han dejado escapar para que andés haciendo la puta.

—Entonces déjeme —replicó Eva, enfurecida porque la tenían apretada por las muñecas—. ¡Déjeme, le digo, que grito!

—Y volvés al albergue.

—¡Qué me importa! Prefiero volver antes que andar con usté.

—Esta vez te van a tener todo el tiempo pelada con navaja.

—Ojalá, así no agarro piojos.

—Sos altanera, negrita puta.

—¡Suélteme o grito!

Eva gritaba. La habían apresado dos de la policía en un almacén con despacho de bebidas alcohólicas. Otro policía, menos atrevido, debía intervenir a su debido tiempo. Habían tramado la treta de una actuación policial en forma. Se les sorprendería en reyerta e irían a la comisaría los dos. El segundo policía era más viejo y parecía desganado. No mostraba la ferocidad del primero. Este debió largar las muñecas de Eva.

—Si no se arreglan —dijo el segundo policía, que llevaba uniforme— los voy a pasar a los dos a la comisaría. ¡Es mejor que se arreglen!

—Ves, estúpida —dijo el agente de particular— lo que ganás... Dejelá, ya va a entrar en razón. Yo soy su tío.

Eva no reaccionó ante la sorpresiva mentira. Un tío aparecía a defenderla de algo que ella temía: el uniforme. Eran los uniformados los que le habían levantado la voz. Y los civiles quienes la habían salvado siempre. Rápidamente comprendió que el policía sin uniforme podía ayudarla. Y cedió. Bajó la cabeza como único gesto de entrega, y "el tío" la tomó por el brazo. Caminaron juntos unos pasos. Le temblaban las piernas, pero no era de miedo. Era de hambre. Si "el tío" no la llevaba a comer la tendrían que arrastrar por la calle.

Entraron a un bar donde abundaban "refuerzos". Comió llenándose la boca para no contestar a ninguna de las preguntas del pariente que se había echado. En una mesa vecina había parroquianos trasnochadores que hablaban del cierre de La Rubí. Comentaban el hecho. Eva supo entonces lo que era un prostíbulo, porque en pocas horas relataron graciosos casos de perversidad acontecidos en el quilombo. Casi no escuchaba a "su tío" por enterarse de lo que contaban aquellos clientes de la casa de tolerancia. No había por qué tentar la aventura

en un lugar como el descripto. A la casa famosa concurría mucha gente. Las anécdotas eran contadas con natural desorden de borrachos. Pero Eva supo que existía un vasquito al que querían probarlo porque nunca "se ocupaba". Oyó los planes, en que intervendría una rubia gorda, para saber de verdad si el vasquito se animaba con la gorda.

—Ella le tiene ganas —dijo uno—; pero no consigue que tome.

—Ya verás que con la chiribita va a caer —tartajeó uno que, casi dormido, parecía no escuchar la conversación.

—Claro, con chiribita lo tumba...

Eva no sabía lo que era chiribita y fantaseaba con las sílabas. Repetía mentalmente chi-ri-bi-ta.

El "tío" le prometió enderezarla. Era la gran ocasión en los días de feria. Cuando la dejó libre, Eva conoció en el puerto al "vasquito". Era la primera historia que conocía fuera del albergue. El "vasquito" era buen mozo. Tenía grandes ojos azules, pero su estatura no conformaba a Eva. Trató de acercarse a los muchachos que estaban por embarcarse en una lancha. Miró al vasquito y le sonrió. Eva sentíase segura con su indumentaria de prostituta. Su tío había dicho que "debía hacer bandera". Y así lo hizo por la calle principal del pueblo. Bajó hasta el río sola, moviendo sus caderas de trece años como se lo indicara el policía. Y en el puerto encontró al "vasquito", el que se resistía a la gorda de La Rubí. Era todo lo que sabía de aquel hombre. Pero era por lo menos algo que sabía de un hombre. Fuera de Carlos Pando, nunca supo la intimidad de ninguna persona. El vasquito le devolvió la sonrisa. Se apartaron un poco del grupo. Oyó el murmullo y las bromas de los que ya subían a la lancha. Pero recordó bien lo que le dijo el muchacho de ojos azules que se resistía a la gor-

da de La Rubí:

—Andá por Coraceros y General Pérez, en la esquina —dijo el vasquito—, mañana a las siete.

—¿De la tarde?

—¿Qué, querés ir a las siete de la mañana? —replicó él.

—Y claro... Si quiere, ¿por qué no?

El vasquito sonrió. Tuvo que soportar toda clase de bromas:

—Antes le darás un baño —dijo uno que vestía indumentaria de yachtman.

Y Eva fue a las siete de la mañana, cuando los policías duermen y se cierran los prostíbulos ya sin ministro adentro.

El vasquito le esperaba. Era en un pequeño negocio. agencia de remates, que ya había abierto sus puertas. Eva entró tímidamente, mirando a uno y otro lado. como animalito que teme caer en una trampa.

—Siéntese —le dijo el vasquito teniéndole la mano—. Me gusta que sea madrugadora... ¿O no se ha acostado todavía?

—Avise... ¿Qué se cree? Me hice despertar a las seis.

Estaba aseada y aparecía muy bonita. Pero no había perdido las trazas de la que inicia la profesión. Al vasquito le dio una extraña pena matinal, no esa lástima de los que están cansados al final de la jornada.

—Necesito una muchacha para vender rifas.

—¿Qué rifas?

—Rifas de un automóvil a beneficio del hospital.

—No sé para qué, si hay que comprarse los remedios.

Al vasquito no le agradó la réplica altanera, antisocial.

—Pero hay que hacer algo —argumentó—. ¿Le gusta el trabajo?

—Yo creía que era para otra cosa —dijo Eva con naturalidad.

—¿Qué otra cosa? —preguntó el vasquito.

Sus ojos azules disimulaban algo.

—Y... —titubeó Eva— siempre me citan para otra cosa.

—Bueno. Pero esta vez es distinto —terminó el empleador.

—Ojalá sea distinto —dijo entre dientes Eva sin marcar la sorpresa.

El le dio instrucciones precisas. El automóvil estaría colocado en un camión. Ella vendería los números de la rifa entre los transeuntes, de las diez de la mañana a las siete de la tarde. Comería cualquier cosa con el chofer del camión. Por cada número vendido ella obtendría su paga. El vasquito le aclaró que debía ser agradable con la gente, no exigir, no insistir, y, sobre todo, agradecer en nombre de Salud Pública.

—¿De qué...? —interogó Eva.

—De Salud Pública, porque lo hacemos en nombre de Salud Pública.

—No sé lo que es eso.

Eva empezó a vender números de rifa en las plazas más concurridas del pueblo. Antes de vender el primer número a una señora con mantilla que volvía de la Iglesia, ya debió rechazar en forma violenta al atrevido conductor del camión. A medio día había vendido más sonrisas que números de rifa. Los transeuntes se paraban para mirarla, como en el tango famoso.

Como terminaba la feria en esos días, la alteración que produce el dinero como excitante desapareció en el aire. Y un policía la remitió al albergue, no por vagancia sino por realizar trabajos callejeros

siendo menor de edad. Tres días antes de entrar al Albergue, conoció lo que podía pasar en una comisaría.

Y otra vez entre piojos y amigas más infortunadas que ella porque anhelaban y nombraban a hombres que estaban en libertad.

Eva tenía ojos verdes. Contrastando con la piel mate se adelantaban en su figura como mensajeros de algo impreciso, indeterminado. Aquellos ojos podían engendrar todas las suposiciones en quien los miraba. Cejas en arco y largas pestañas abundantes los protegían. Los ojos se adelantaban como mensajeros de su persona entera. Lo primero que se advertía enfrentándola eran las pupilas insondables y, al instante, la trampa sutil del verde. verde musgoso invariable, bordeando los dos diminutos abismos. Si la mano se hallaba tendida en actitud de saludo, avanzada hasta el límite a que una mujer la lleva instintivamente para aceptar la del hombre; si su diestra reposaba en la masculina, había una súbita correspondencia entre los ojos y las manos. No eran pequeñas. Las constituían dedos alargados con nudos perfectamente definidos, insinuados por una sombra que perfilaba las articulaciones. El hombre que apresaba aquella mano —pocas veces temblorosa— quería buscar en los minúsculos lagos de los ojos alguna explicación, alguna respuesta. Y no la hallaba. Si era imaginativo, tal vez tonificase con la mano de Eva, con los ojos de Eva, su mente alterada. Podían hacer soñar. Que soñasen aquellos ojos ya es otro cantar. Bajo la frente griega bordeada por el tímido nacimiento de una cabellera lacia y negra, nadie podía saber

que pasaba, como se ignora qué seres merecen pasar bajo el Partenón o el arco de Venus. Los pómulos sobresalían un tanto, sin reclamar el bermellón. La nariz, voluntariosa, expresábase con leves movimientos, pocas veces sorprendidos, de las aletas translúcidas y ágiles. La boca era grande y no se remataba en las comisuras, que iniciaban un dibujo sutil, impreciso, fácil al esfumino del artista. En el mentón, donde durmió la diestra mano de Pando, el hoyuelo respondía a los de Venus. El mentón no acusaba carácter. La mandíbula, de hueso tierno, correspondía a su dulzura y a sus dientes, perfectamente regulares y blancos, enclavados en una encía enfermiza, de un rosa mortal.

El cuello mantenía enhiesta la cabeza, que parecía desprenderse del cuerpo si Eva henchía el tórax de persona sana o atlética. Entonces en la nuca se engolfaban dos remolinos de cabellos que la muchacha tardaría muchos años en descubrir. No podía jactarse de aquello que sus ojos no alcanzaban. Alguien descubrió muchos años después, en un balneario, la gracia de la nuca escondida para todos como recóndito secreto. El espejo nada le había dicho; todavía nada sabían los espejos de mal azogue, y escasos, incapaces de totalizar su belleza. Quien descubrió su nuca la desnudó por primera vez y obtuvo una primicia. De su garganta, apenas dibujada, brotaba una voz opaca, sin brillo, de estricto tono confidencial. Y *aquello* que los hombres esperaron como síntoma de vida y que el chocolatinero alcanzó como barata golosina; *aquello* que amaneció en su cuerpo y la colocó entre las primeras muchachas del pueblo; *aquello* que ven los ojos lúbricos y que evitan contemplar las mujeres envidiosas; *aquello*, botín de la batalla por la belleza; *aquello* que cabía en clasificaciones escultóricas y que la anatomía se encargó de designar con diver-

sos nombres, de acuerdo a símiles y a utilidad en el desarrollo, *aquello* fue la visible tumba de su pudor y el nacimiento de su destino. Allí Eva amamantó a todos los perros hambrientos; en esa fuente bebieron todos los Rómulos y Remos del pueblo, todos los labios que tienen sed incontrolada y son capaces de pagarla. La fuente manó noche y día. Inagotable como era, se mantuvo generosa y pasiva, sin desmentir a las fuentes. Sonaron ellas a campanas en el atardecer, y a campanas de maitines, y a campanas de rebato. Eva supo que tenía esa fuente y hasta se atrevió a envenenar una de ellas para el más apresurado de los mortales. Cuando el hombre crédulo o enamorado cayó en el engaño, Eva le ofreció la otra fuente, con el antídoto para aplacar el veneno. Tal vez haya sonreído en el alarde de tenerlo todo. Mal y bien repartidos en las dos caprinas maravillosas de su cuerpo. La izquierda, ligeramente más pequeña.

El fortuito esteta que se asomaba a contemplarla bajaba la vista, con la certeza de encontrar la desilusión en el tobillo. Y no conseguía ser negativo. El afán de búsqueda de lo imperfecto es natural en el hombre y hace precisamente su anhelo de perfección. No tenía excusas el que no quería ver la belleza.. La mirada caía derrotada allí, a los pies de Eva, como si su amenazante belleza trepara la pantorrilla, y el hombre sensual lamentaba su impotencia o sus pocas fuerzas en el estrecho círculo esotérico de la juncal cintura. Nadie podía honradamente sentirse merecedor de aquellos dones. Había que cerrar los ojos y evocarla. El audaz recuperaba la presencia de los ojos verdes, pero no la alcanzaba. Ya la había perdido en el recorrido del cuerpo, y Eva sentía la lluvia de cenizas que la separaba de los hombres.

Carlos Pando había vuelto a casarse luego de tres años de una viudez turbulenta. Pasaba de la cuarentena, y su mujer había cumplido veinticinco años. Su fortuna se había multiplicado. Adquiría inmuebles que transformaban el valor en sus manos, como si usara una varita mágica. Necesitó exagerar sus ganancias en fraguadas operaciones bursátiles para dar la sensación de que manejaría muy bien los intereses de su mujer. Ella tenía millones, heredados en la leyenda y en la banca. Pertenecía a las doscientas familias de todo país civilizado. Su apellido no era ilustre, pero la cortesía de los postergados fue inmensa hacia ella. A nadie se admiró tanto el dinero como a aquel compungido prestamista progenitor de la señora de Pando. El apellido jamás brilló a la par del oro presumiblemente distribuído en sórdidos inquilinatos de Montevideo. Un fortunón de ladrillos cada día más sucios, piojentos y ruinosos. Como el suegro de Pando pertenecía a la estirpe de los que se lamentan para ocultar la fortuna a dicho señor le llamaban Don Lamento. Hasta cuando la curia golpeaba a su puerta con lágrimas monjiles y suspiros de raídos curas viejitos. El suegro de Carlos Pando —saqueado, según él, por la Iglesia— justificaba toda otra caridad reclamada. Murió ungido por los Santos Sacramentos unos meses antes de casarse Marica, su hija única. Dijeron que de disgusto por el casamiento con un viudo. Pero esta coyuntura sirvió para que la boda costase mucho menos, en homenaje a Don Lamento. Esponsales sobrios iniciaban una vida sobria, que se haría cada vez más ordenada y utilitaria.

Marica —María de los Santos Ordóñez en la pila bautismal— era una buena moza, sobre la que se tejían historias aldeanas. Se decía que vivió desde los quince años enamorada de un muchacho pobre. La distancia era tan grande, que no se encontra-

rían jamás. Marica, tan desconfiada como sus padres de que se le acercaran por dinero, soñó con un príncipe pobre, pero se conformó con un viudo rico. La pobreza había puesto un abismo entre ella y el empleadito de mala muerte que recibía la gracia de gustarle. Pero ello sucedió cuando la muchacha tenía quince años, cuando todavía no se había dado cuenta de que era hija de Don Lamento, uno de los prestamistas y negociantes más afortunados del país. Al saberlo, al tomar conciencia de tamaña fortuna, su persona vital se desvaneció rápidamente, y sólo se dejaba cortejar por ricos. Pero algunos ricos ya tenían algo más que dinero, y dejaban a Mariquita plantada en las fiestas por aburrida, sosa o presumida. Era nada más que una pobre muchacha que se sabía rica. Su padre, Don Lamento, dijo alguna vez que los Ordóñez tenían cien años de gente.

Un viudo pareció a la infeliz millonaria digno de ser tomado en cuenta. Y no titubeó. Carlos Pando no se acercaba por dinero. Eso le satisfacía; cumplía una meta. Y casó con Pando, hombre de experiencia, sano y alegre, bien visto en la banca, de invulnerable honradez.

Algunos hombres afortunados suelen hacerse servir con éxito. Otros nunca aprenderán a distribuir favores.

Carlos Pando ya era hombre de pensar en una S. A. Una S. A. es una Sociedad Anónima, asunto éste que viste mucho al mercader. Viste a unos y desviste a otros, porque es una manera elegante de "evitar la voracidad fiscal".

Al frente de la Sociedad Anónima que formaron los capitales de Marica y los suyos, Pando colocó a un muchacho muy apuesto y ambicioso que se llamaba Carlos, como Pando. De modo que Tocayo resultó algo así como un nombre; y quizás algún

día resultase un apellido en el fárrago de los que, zafándose de una *Cía.* comercial, han adoptado como apellido la abreviatura.

Tocayo —decía Carlos Pando. Y Marica sentía algo raro en la voz de su marido; un dejo afectuoso que la tornaba celosa. No había inventado aun —resultaba tarde después del casamiento— el mote cariñoso o familiar. Marica y Mariquita, en algunos muy íntimos momentos. Carlos tenía pudor por los diminutivos, y no los manejaba en público como en la intimidad. Entrecasa usaba palabrejas que Marica jamás le oyó pronunciar entre otra gente, entre la poca gente que trataban, y que eran corredores de máquinas agrícolas, compradores de lana, mercaderes carentes de imaginación. Marica se manejaba en un mundo reducido, réplica del que le creó la cautela del avaro Don Lamento. Un mundo de diez o quince personas y algunas golondrinas del verano. Siempre la misma escena, y el tema manido. Algún asunto poco cotidiano alteraba el ritmo familiar, y Carlos Pando tartamudeaba indeciso. Hablaba de lo que sabía, que era poquísimo. Y cuando el tema extraño lo desazonaba, ambos guarecían en su imperancia o ineptitud en la vía muerta de lo cotidiano. En esa vía muerta manteníase matrimonialmente perfectos. El mínimo esfuerzo mental les armonizaba la vida.

El lujo del viaje golpeó en las orillas mansas de una unión que persistía en su esterilidad; y empezaron a viajar, a veranear, a dar cauce a los fondos acumulados en zafras magníficas. Marica lo acompañaba sin mayores exigencias de confort, sin urgentes pedidos o reclamos de lujo.

Desde los primeros pasos hacia otros lugares, desplazamientos cautelosos, los acompañó el Tocayo, para tener siempre a mano la chequera y la memoria fresca para los vencimientos. Alquilaron ca-

sa en Punta del Este, y Pando se preguntó seriamente si los bruscos cambios de temperatura hacían verdaderamente posible el calificativo de país de turismo para el desparejo Uruguay. Gozaron de veranos tan desabridos y lluviosos, que la reputación balnearia se inclinó, más bien que al clima, a las fantasías de escandalosos ocios nocturnos, al juego a todo trapo, a casas exclusivas difíciles de frecuentar pero con mujeres fáciles de conseguir. Tocayo volvía al amanecer. El apuesto secretario escandalizaba a la púdica Marica contándole las aventuras. Escándalos a todas horas condimentados con algún brasileño o alguna porteña extendieron una reputación que nada tenía que ver con la virazón maravillosa de la tarde subtropical.

Emulando a otros que aprovechaban los periplos establecidos por compañías de turismo, se largaron a viajar "más allá de los mares" que los bañaran generosos. Y conocieron Europa a vuelo de pájaro, pero de un pájaro que no se detiene a cantar: París, Madrid, Roma, Nápoles, Milán; un poco de Alemania, porque todavía subsiste el mito de una Alemania con mucho ingenio y maquinitas cautivantes. No debían dejar de ver la maravilla que se levantaba de sus escombros. Tenían que comprar una Leica con un lente que parecía japonés. Aquellos países fascinaron a los Carlos Pando que soñaban con el botón de un artefacto capaz de hacer funcionar cocina, cuarto de baño y lavadero al mismo tiempo, y que abanicaría en verano al sofocado y daría calor en invierno al friolento. Todo con sólo apretar el botón, que hasta podría disimularse en la radio portátil. Vieron muchas cosas en muchas ciudades, y terminaron contentándose con un transistor alemán, comprado en la fábrica. En París vieron *todo*; en Roma vieron *todo;* en Madrid vieron *todo.* En Sevilla hasta la Semana Santa. Vieron to-

do, todo. Para no hacerse un matete con las conquistas visuales, tachaban en las guías lo que habían conocido, temerosos de verlo por segunda vez. No querían despreciar un solo momento del viaje. El cúmulo de criptas, monumentos y museos, de cavernas y túneles, de galerías y fábricas, los sacó de la cama al amanecer; y en autobuses que conservaban el olor a humanidad vieron puestas de sol en Venecia, ocasos en la Côte; y vieron en el Mont Saint - Michel cómo la marea rodeaba a la vieja abadía de donde salieron los cruzados. Carlos Pando compró el libro de Axel Munthe y se sorprendió de que era otra la historia, otro el lugar. Le dijo a su mujer que verían "eso" en futuras excursiones. Y si viajamos —agregó— no vamos a atarnos a las agencias conocidas.

Regresaron cubiertos de postales impresas en pulcros y brillantes colores, que no supieron a quién dirigir.

—¡Esto le habría gustado tanto a papá! —exclamó la hija de Don Lamento.

Era el puente de los Suspiros.

El viaje de tres meses —ida y vuelta volando en los más poderosos *Constellations* los aturdió un poco. Diríase que Carlos Pando, más que a cargarse de objetos, fue a Europa a cargarse de peso. Adelgazó, afinándose, los treinta kilos tolerados a cada pasajero. Volvió liviano, y su estado no se alteró a la vuelta. Salvo que sobre ellos empezaba a pesar una leyenda pueblerina. El Tocayo, que Carlos Pando no dejara en tierra, apareció como presunto amante de María de los Santos Ordóñez. Nadie admitía la generosidad de Pando en llevarse a Carlitos Ochoa a viajar tres meses por Europa. Los suspicaces adelantaron que lo llevaba como excusa para sus aventuras en París, que las tuvieron, y variadas, hasta el punto de que en una ocasión aparecieron

sin dormir en el *hall* del hotel Scribe o del Louvre, cuando ya la caravana arrancaba. La mucama debió bajar los pijamas envueltos en "Paris Soir", apresuradamente, reclamando la propina.

Como adquirieron patente de viajeros, las conversaciones acerca de las andanzas veraniegas se hicieron nutridas. Barajaban nombres, coincidían en los placeres y en la predilección por Venecia, condenaban la persecusión de la propina en toda Europa y terminaban hablando de precios. Los precios frenaban el intento de "algo más". Todo resultaba caro, porque nuestra moneda se desvalorizaba. Donde se podía hacer cambio negro los estafaban los muchachos de hotel o los propios guías. Probaron utilizar gente informada, compatriotas con muchos años de residencia en Roma o en París. Y éstos los estafaban con más frialdad, porque sabían que la hija de Don Lamento podía pagar. Los guías, por suerte, ignoraban la procedencia y los antecedentes bancarios de los ricos sudamericanos en plan turístico.

Carlos Ochoa tenía dinero como para pagarse el pasaje, y era de suponer que así lo había hecho. Pero ¿no podía ser aquel muchacho, que Eva despreciaba, el enamorado pobre y silencioso de Marica Ordóñez? Bastó para ello que alguien lo pensara. La vida era tan desabrida y árida, que una historia de amor contenido enriqueció la existencia cotidiana de aquellos insulsos clientes de las agencias de turismo. Carlitos "andaba" con Marica, el pobre Pando no se daba cuenta. Seguramente la estrecha amistad terminaría mal. El cuadro tomó subido color cuando alguno, más avezado en lides matrimoniales, aseguró que Pando lo sabía y que la visita a París no hacía sino rubricar el pacto. En Europa esas alianzas eran frecuentes. Pando, hombre sumergido en los negocios, no podía aten-

der a Marica; y así su Tocayo, según chismes, la llevó en París a las tiendas. Compraron en las Galerías Lafayette algunas livianas chucherías que se podían llevar encima; y en Prix Unique, de la Avenue de l'Opéra, monadas para una primita de Marica, a quien ella, según versiones, proponía casamiento con Ochoa.

La vida de Carlos Pando, en la abundante marea de dinero, tomó las caprichosas formas que las relaciones y amistades envidiosas quisieron darle. Formas modernas pero baratas. Formas "al día", como si fuese necesario y "chic" vincular al hombre adinerado que hacía turismo con alguna de las modalidades entrevistas en el teatro o la literatura hasta llegar al borde del *ménage à trois,* con que se quiso honrar a Pando, a Marica y a Carlitos Ochoa. Las piezas de teatro del "boulevard" los pintaban. Lanzado el infundio, sería difícil probar lo contrario. Marica se enteró de él por cariñosos anónimos; Pando, por alusiones apenas veladas; y Ochoa, por bromas en los bares apartados, a los que concurrieron para no repetir los consabidos círculos de Punta del Este. Excursiones al Chouy hasta perderse en las ilimitadas arenas que ofrecía un Brasil de rostro llano, de niñitos de color chocolate a quienes ellos solían preguntar el nombre. No era mera curiosidad. Deseaban comprobar que la mitad de aquellos niños eran también tocayos, como los dos Carlos; pero en infinidad de casos el negrito contestaba con orgullo: 'Me llamo Luis Carlos". Y la figura de Prestes se hacía presente en el instante. Marica no participaba en la encuesta, pero a Pando le produjo un terror de arena movediza el homenaje de los miserables pobladores al líder comunista.

Pescaban almejas metiéndose en grandes charcas de arena acuosa, y se las comían en el acto. Marica

rechazaba las ofertas de uno y otro, que se internaban en el mar, nadando con facilidad. Alguna amiga ocasional les acompañaba en San Miguel, en los paseos a la Fortaleza de Santa Teresa, donde pasaban horas enteras recibiendo el sol, como enfermos a los que se hubiera impuesto un lapso estricto de rayos solares.

Ochoa no se separaba de sus amigos, y si lo hacía era para enriquecerles la charla con sus experiencias vividas, ya con el cuento más o menos procaz que recogía en la ruleta o por algún chisme lanzado desde el Country. Frecuentaba pocas casas y no hacía una sola amistad argentina sin sacarle algún partido. El Tocayo, para algunos, tonificaba al matrimonio Pando - Ordóñez. Se les oía encomendar platos suculentos en Marisconea y hacer combinaciones culinarias que el *maître* les recomendaba. De Europa trajeron una vaga referencia a los placeres de la mesa, pero estaban obligados a aceptar lo que el avezado *chef* les prometía. Los gastos del tercero empezaban a ser afamados. Pagaban caro lo que comían, y les costaba también pagarse el lujo de un "ménage à trois". Momentos hubo en que Pando no se sentía deprimido por ser marido engañado, y entonces el trance penoso le distinguía. ¿Acaso no había tres o cuatro hombres públicos en igual condición que ni siquiera habían viajado a Europa? Para quien tenía toques de Don Juan, que era Ochoa, la situación llegó a ser molesta en su natural humildad. Una chica argentina, al pasar el umbral de la amistad, no tuvo pelos en la lengua. Y llevada por los celos desencadenó la terrible confidencia. Para ella, Carlitos se aprovechaba en los veraneos de una ambigua alianza. Pando trabó amistad con auténticos cornudos millonarios, y al fin admitió la reputación, en tren civilizado.

El año de mayor afluencia de extranjeros trajo hasta la playa afamada a una señora que deslumbró a todos. La imponía un magnate español, una especie de Rey del Acero, que lanzaba al comentario una verdadera joya universal: Eva Burgos. Ya se habían encargado de nombrarla gentes que viajaban en busca de almejas y de sol dorado e intenso. Quienes se iniciaban en Deauville pasaban luego a Saint - Tropez; se corrían después a Italia, marcando muy fijas fechas para reencontrarse en Capri, Mégève, Saint - Moritz, donde se les esperaba invariablemente año tras año sin disponer de sus cuartos; e incluían a Punta del Este en el periplo. Estos viajeros del mundo anotaron en sus carnets la playa de Uruguay y alguna terma francesa para después de las exaltaciones. Y hablaron de la belleza sin parangón de una muchacha sudamericana que no había podido ser rescatada de las manos del Onassis del acero, señor Castromagno. Imagen de la fidelidad, tan deslumbrante mujer hablaba un defectuoso francés musical, y había rechazado ofertas para hacer cine, con una dignidad que la endiosaba. Los directores la buscaron, los empresarios la tentaron; y el español, en pleno cinismo de subasta, la ofrecía, desafiándo a quien pudiese más que él. Eva Burgos, de nombre muy hispano, sólo sabía decir ¡NO! Era la negativa lo que levantaba su trono, el seguro tablado, la absurda tarima desde donde Eva decía que no a todos y a todo. Si ya tenía castillos en España, se ignoraba. Pero bastaba admirar las esmeraldas de sus manos para saber que con algunas de ellas Eva podía comprar todo un burgo español y plantarlo de batatas. ¿Para qué un castillo? Ella no necesitaba nada más que admiración. Y la tenía allí donde quería. Podía decir me gusta o no me gusta sin alterarse. No marcaba predilecciones, mas no era indiferente. En cualquier

terreno. Al no disputar plazas, ni sitios, ni hombres, Eva triunfaba sin dar batallas. No sabía si la odiaban; sólo comprendía que la admiraban, porque las adolescentes murmuraban a sus espaldas nombres de actrices célebres ya en Europa o en América. Se dejaba colgar esos trofeos insignificantes y seguía sonriendo, sin prodigarse. Podía ser alguna de las *vedettes* nombradas.

—¿Nada te halaga, Eva? Nada te entristece, nada te conmueve, nada te alegra... ¡Por qué eres así, Dios mío, Dios mío! —gritaba a veces Castromagno, fuera de sí.

—No te pido nada, no quiero nada —respondía ella.

—¿Eres de hielo? —terminaba el millonario.

—Creo que no. ¿Te parece?

Y bastaba una sonrisa de ella para que el español dejase la copa de whisky y se acercara a palpar su cuerpo, como un ciego. Ella sabía estremecerse.

—Mira, chica —exclamó él una vez— ¿sabes lo que quisiera ser?

—¿Qué quieres? ¿Tener más dinero? —preguntó ella—. ¿Puedes tenerlo?

—No, chica. No. ¡Yo quisiera ser ciego!... ¡Si, quisiera ser ciego, totalmente ciego!... Y no creas que estoy borracho ni que soy un maldito. No. Es que sólo un ciego puede tener los dedos tan duchos, mi adorada, como para gozar de tus formas, de tu piel, de ese recorrido maravilloso de tus caderas. ¡Ser ciego! ¡Si, ciego!

—¿Acaso no cierras los ojos —dijo ella— al acariciarme las espaldas? Pues estás ciego en ese instante. Continúa.

—No es lo mismo, no es lo mismo. Luego te veo y ya no sé por dónde me pierdo.

Eva disfrutaba de una casa espectacular con vista a un mar, no siempre azul como el de la Côte. No

supo en cinco años —ya tenía 23— cuál era el azul que más la fascinaba. No conoció la temperatura de ninguno.

Ochoa se confesaba con su Tocayo y le contaba en voz alta algunos fracasos, en la casilla de Iona de San Rafael.

—¿Para qué te metés? —le contestó Pando—. Embromate.

—Mirá —le explicó Ochoa—, ¿sabés lo que me pasa? —(hizo una pausa como si temiese a la confidencia)—. Yo hago algo que nunca las decidirá a ir a la cama.

Pando lo miró sonriendo. Representaban una comedia.

—Ya sabés que son escarceos, juegos, nada más... Pero tengo el mal tino de masturbarlas, y, claro, las dejo satisfechas, y ninguna quiere ir a la cama. ¡Ahí está la explicación!

Pando lanzó una carcajada estruendosa. Una carcajada de triunfo.

—No te rías así —exclamó Ochoa—. ¡Es una risa de ultratumba, bárbaro!

Alguien oyó el diálogo. Alguien que estaba a pocos pasos de las arenas de San Rafael. Era un día sereno, y las palabras se deslizaban por la playa. Los "soleados" entreteníanse en oir conversaciones anodinas. Siempre anodinas, como la vida del veraneante. Una que otra porquería, tal vez el precio de una prostituta. Pero nada de valor.

Oyeron a Ochoa, que recriminaba a Pando su risa de ultratumba, no uno, sino varios muchachos y una chica rubia que lamentaba el Bikini porque el sol era escaso para poseerla totalmente.

Minutos después, Pando quedó hecho añicos en la carretera.

Fue al cruzar el camino en dirección a su automóvil. Dos muchachos iniciaron ruidosa carrera frente al hotel para recoger la admiración de una cantante brasileña, espectadora desde un cuarto de baño del primer piso. Mientras ella tomaba la ducha, vio por el aire el cuerpo de Pando. Cuando lo fueron a recoger era un pelele vestido con cómicas prendas de balneario. La muerte estaba allí, al lado de aquel hombre despedazado por uno y otro coche, que le pasaron por encima. El horror de la frenada secó el cuerpo de la muchacha que recibía la ducha.

El comentario de los que conocían a Pando fue unánime.

—Ahora Ochoa, el vasquito Ochoa, se acomoda para siempre.

Pero el Tocayo —el vasquito Ochoa— no pretendía a Marica.

En el rostro y en la carcajada de su íntimo amigo, Ochoa había visto anticipada la muerte. Muchos podían testimoniarlo.

Pocas veces dos amigos se quisieron tanto.

Al velatorio de Carlos Pando —había que postergar el baño de mar—, a medio día, cuando el sol caía vertical, llegó Eva Burgos. Bajó del automóvil con una levedad de ángel de libro miniado. El chofer le abrió la portezuela. Desde la ventana del primer piso del chalet, Marica alcanzó a verla. Supuso que la famosa mujer impuesta por Castromagno había hecho detener el coche frente a su casa para realizar una visita a pocos pasos. Rápidamente pensó que al lado del chalet vivían unos ex-

tranjeros a quienes Pando solía saludar. Cuando bajó al hall donde velaban a Pando, vio al pie del ataúd a la bella mujer. Estaba inmóvil y no hizo el menor movimiento para adelantársele. La primera idea que pasó por la mente de Marica fue la de generar un pensamiento calculador. Eva utilizaba un trance de naturaleza tan excepcional para mezclarse, para familiarizarse. Eva detuvo el paso y clavó los ojos en la cara del muerto. Un rosario que Marica estimó en muchos miles de pesos, un rosario de cuentas marfilinas, pasaba por las manos imponderables de la extraña.

Afueran corrían ráfagas de verano. Gritos de niños en camino a la playa, reprimendas de las niñeras, la estridencia de un automóvil ruidoso, el parloteo de unas muchachas que al advertir los cirios mortuorios se alejaron comentando el mal gusto de morir en verano o dejarse velar en una playa mundana. La muerte no tiene derecho a perturbar a nadie en barrios suntuosos. Aquella muerte se hacía vulgar, se hacía mezquina sacándole una tajada al gran queso dorado del día veraniego. Era una muerte afrentosa. Una muerte estúpida desde el comienzo. Dos muchachos de apellido esperaban la orden del juez, que se estaba bañando en el mar a esas horas y que tomaría plaza recién a las tres de la tarde. Había acontecido el típico accidente por imprudencia. Pando no debió exponerse a cruzar la carretera cuando ésta se había convertido en pista de carreras. La extranjera del primer piso del hotel se dio el placer, cubierta por el agua tibia de la ducha, de ser testigo del espectáculo de ver a un hombre por el aire. Deseaba declarar que ella era también culpable, porque los amigos se habían distraído mirando hacia el cuarto de baño. Quería solidarizarse con sus compañeros de *boîte*. Quería aprovechar publicitariamente el trágico accidente.

La muerte le repitió a Eva las últimas palabras que le había dicho Pando ocho años atrás. En ocho años Eva había recorrido buena parte del mundo con la grave prisa de su belleza en peligro de alterarse. Y las palabras que Pando le decía eran el consejo sensato de un hombre maduro interesado en la suerte de una ramera de quince años. Oía las palabras de Pando como si brotaran en ese preciso instante de su boca rota bordeada de sangre coagulada. Y Pando hablaba y hablaba, como la última vez. Le aconsejaba que se casara. Le decía que tendría libertad casándose, ya que la policía la metía a cada rato entre rejas y la rapaban y la llenaban de piojos en los refugios femeninos. Aprendía inmundicias, y le proponían explotarla celestinas que parecían mayores de edad y que tenían sólo quince años como ella. Aquellas viejas de quince años que encontró en la cárcel de menores, capaces de dar una conferencia sobre los derechos del hombre durante toda una noche infectada de tabaco negro y de policías que las manoseaban, las poseían y las volvían a la celda, sin que los jueces jamás supiesen nada de todo ello. Podían suponerlo, no obstante. Oía las advertencias de Pando, ahora desde la muerte; desde una ciudad por ella imaginada, donde todo el mundo era feo, horrible y sucio. La muerte era un mundo muy parecido a un albergue de menores. Era Pando, que le aconsejaba el casamiento y, luego, cargar todas las responsabilidades al infeliz marido, que la negaría o no, la explotaría o no, la ayudaría o no. Eva rezaba para que fueran más claras aún las palabras de su primer amigo. Ahora vestía un traje muy diferente del que usara en el primer encuentro. Un traje de madera, rígido, eterno —pensó—, inarrugable.

Eva no supo quiénes estaban presentes en el velatorio. Alguien tal vez pudo pensar —pero no lo

pensó— que Eva era otro cadáver, un bello cadáver que se desplazaría hacia el Country Club para tomar la copa cotidiana de un medio día que se corría a las tres de la tarde, mientras se preparaban las mesas de los comensales que aprovechaban del baño hasta que el propio mar los encontraba intolerables. Y los vomitaba, los rechazaba.

Eva iba a reír y a tornarse grave, de acuerdo a las exigencias del momento. El tema de la hora del almuerzo sería la muerte de Pando, seguramente. Y soportó que se lamentaran de que el tipo fuese tan idiota para atravesar la ruta sin mirar a uno y otro lado; que se dijera que no había derecho a privar del baño a dos muchachos por una evidente imprudencia; que encontraran ridículo velarlo en Punta del Este y que a los deudos les faltaba "clase".

Eva dejaría caer el rosario marfilino para que Castromagno comprobase que había ido a la iglesia.

Se comió más que nunca porque el menor excitante en las relaciones normales de la playa producía un apetito particularísimo. Un acontecimiento que rompiera el cristal del día abría una voracidad vulgar, como si se tratara de la alacena de una repostería frigorífica.

Carlos Ochoa se sabía tímido. La generosidad de Pando, su generosidad, su amistad y las ligaduras que los unían, se rompieron dramáticamente. Habíanse reducido más aún sus menguadas fuerzas e iniciativas. Sentía el retorno a una adolescencia que Pando perturbaba. Si alguna vez Eva lo calificara osadamente de "guacho", guacho era ahora —desvalido y solitario— desde la muerte de su amigo. Olvidó súbitamente las sucias historias y los chis-

mes de un traidor contacto con Marica. Quedó al margen de todo aquello que representaba su vida, su quehacer cotidiano. Si bien continuaba administrando los bienes de Marica, la veía solamente lo necesario para un trato comercial. Y no tenía ganas de recordar con ella a Pando. Temía que se le descubriera el afecto exacerbado que lo unía en una estrecha amistad al difunto. Acomplejado y triste, no tuvo un solo ser a quien tomar por confidente, hasta el día en que, vuelto por unas horas al balneario donde había fallecido su amigo, y corriendo por una carretera bordeada de altos pinos, se cruzó con Eva, que avanzaba en su coche, conducido por el chofer. Ochoa no pensó en aquel momento que Eva reconocería el automóvil de viejo modelo que él mismo manejaba. Siguió su camino, pero unos minutos después divisó por el espejo retrovisor el coche rojo de Eva, que se le acercaba. Dos toques de bocina le bastaron para comprender que ella pedía que se detuviese. Carlos frenó y bajó de su coche, y marchó en dirección al de Eva. Por la ventanilla salió una mano enguantada que se adelantaba a toda palabra.

—Tiene que volver a Punta del Este —dijo Eva antes de saludarle, como si continuase una conversación interrumpida.

—Parece una orden —contestó en broma Ochoa, mirando al chofer con una clara sonrisa en el rostro.

El día era espléndido. Volaban gaviotas a baja altura. El zumbido de los motores que pasaban a gran velocidad acicateaba las respuestas.

—Sígame —dijo Eva—. Vamos hasta Las Delicias. Después paso a su coche y le damos libre a Ferreira —agregó Eva con sentido práctico, tocando la espalda del chofer—. Dejo el coche en un garage de Las Delicias y sigo en el suyo.

—No hay urgencia —se interpuso el chofer—. Podemos arreglar el coche más tarde.

—No, no —exclamó Eva—. Usted queda arreglándolo y se toma la tarde libre. Yo voy a almorzar con el señor.

Minutos más tarde, como si la cita hubiese estado combinada desde mucho tiempo atrás, Eva subía al coche de Ochoa y se dirigía con éste, por la ruta costera, en dirección a Manantiales.

Pasaron en silencio frente al hotel San Rafael, donde cayera muerto Carlos Pando. Cuando Ochoa quiso hablar, Eva le dió un golpecito en el muslo con la mano, ya desenguantada, y, como si continuase hablando, hundió las puntas de los dedos de uñas rojas en la pierna de Ochoa. Corrían velozmente hacia La Toja. El mar se elevaba en el paisaje y resultaba de una presencia que cautivaba con sus verdes alternados y cambiantes.

Atravesaron el puente de pescadores en la barra del río Maldonado. Una polvareda envolvió después al coche, y Ochoa disminuyó la marcha. Frente al hotel de La Toja Eva rompió el mutismo que inquietaba a Carlos Ochoa. Bajaban la cuesta desde donde se puede admirar un mar con trazos salvajes, con playas inaccesibles para los bañistas y con matorrales hirsutos entre los que corre retozón el apereá.

—Cuando estemos en Las Porteñas le contaré muchas cosas. Va para diez años que nos vimos por vez primera. ¿Se acuerda? —preguntó Eva.

—Sí, me acuerdo. Mi Tocayo... —hubo una pausa apenas marcada— me contó lo que usted dijo.

Eva sonrió. Carlos la estaba mirando en ese instante, y aquella sonrisa le pareció la de otra mujer, muy distinta, tan cambiada, que se preguntó si soñaba. Podía ser un error el suponerse al lado de Eva Burgos, la *vedette* que acababa de imponer

Luis Castromagno, el famoso industrial y hombre de negocios más poderoso que había pisado Punta del Este. Resultaba extraño todo, inexplicable.

—Entre en ese baldío —le indicó Eva al llegar a Los Manantiales—. Dejaremos el coche aquí e iremos a hacernos preparar el almuerzo. Por suerte no hay nadie.

No había comensales. Las hermanas porteñas que atendían el restaurant —dos gordas locuaces— los recibieron con particular deferencia. Eva era tan famosa como Castromagno, y éste había ido un par de veces a almorzar allí. Bastó repetir la visita para que cundiera la noticia de que había adquirido toda la costa oceánica. ¿Cómo vivir al sol sin inventar idioteces?

Se sentaron en la reducida terraza, batida por el mar, yodada, agreste, insólita.

Mientras Eva hablaba, Carlos Ochoa le servía del vino blanco que ella había elegido sabiendo que aun quedaban dos botellas, y que empezaban a helarse en el balde con abundante hielo. Ochoa alcanzó a leer la etiqueta. Era un Montrachet. Las porteñas preparaban mariscos. El humo del cigarrillo de tabaco rubio quedaba flotando en el aire tibio, y a veces velaba los vidrios ensalitrados por la brisa marina. Eva miraba hacia la lejanía. Un transatlántico, empenachado de humo, cumplía su derrotero. La visión marina era perfecta; la voz de Eva parecía imitar el rumor de las olas, que se alejaba cuando ella hablaba, y volvía en las pausas patéticas de la mujer:

—Pando fue quien me dio la idea. A mí me sentaba el traje sastre. Ya antes, una vez, me disfracé de hombre. Fue en unos carnavales. Pero no me di cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. El traje sastre lo mandé hacer con plata que me dio Pando. Que yo recuerde, nunca pagué tanto dinero por un

vestido. Con relación a lo que me quedaba, aquel traje sastre, de casimir negro, me costó una fortuna. Era un paño magnífico. No bien lo estrené, caminé a la peluquería del Victoria. Me dio rubor presentarme en trazas masculinas. La propia modista me había aplaudido. Tenía más éxito que cuando me disfracé en carnaval. La costurera me hizo el moño de la corbata y me empujó a la calle. Los botones de los puños de la camisa los compré más adelante, en otro negocio. También me aplaudió el judío del bazar. Y me animé a entrar en el Victoria. En la peluquería del hotel estaba una señora rubia haciéndose las manos y ondulando su pelo. No sabía si era vieja o joven, porque el casco del secador me robaba una parte de su cara. Pero tenía piernas de mujer joven. Yo pedí que me lavaran la cabeza. Pensé que podían encontrarla algo sucia, pero no me importó. La manicura tomó enseguida mis manos. Vi por un espejo que le guiñaba el ojo al peluquero. Las tomó, las dio vuelta como si pretendiese leérmelas. La señora que estaba bajo el secador le preguntó a la manicura si sabía leer las manos. La chica levantó los hombros y dijo que no creía en eso. La señora le contestó que lamentaba tener poco tiempo. De lo contrario, le leería las manos. Pensé en unos gitanos que me anunciaron muchas cosas que yo estaba esperando. La vecina empezó a hablar al peluquero de lo que se podía ver en las manos, y contó que había aprendido quiromancia en París. Hablaron tanto del mismo asunto, que yo me distraje completamente. Ya hablaban de mí. Tuve que hacer un esfuerzo muy grande para entenderlos. El peluquero me frotaba la nuca con agua tibia cuando escuché la pregunta de la señora. Quería leerme las manos. Mientras me frotaban el pelo miré mis manos de un lado y de otro. "Las mira como si no fuesen suyas" —dijo la

señora. Estaba de pie a mi lado. Yo no entendía por qué. Se había plantado junto a mi sillón. Entonces me di cuenta de que habían hablado mucho de mí. La manicura, el peluquero, otra muchacha, que ayudaba, me preguntaron si yo accedería. Aturdida, yo no sabía lo que querían saber. Al fin pude entender a la señora, que hablaba un poco el español, trabucado. Y a ella le fui contestando. Me preguntaba si yo le permitía leerme las líneas de las manos. Las expuse abiertas a los ojos de todos. "¿Es así que le gusta llevar las uñas?" —preguntó la manicura. Yo seguí con las manos abiertas. Las palmas para arriba. La señora golpeó en ellas con un sobre acartonado que tenía en las manos. Después supe que eran los billetes de un pasaje de avión. Me dijo, al golpear: "¡Qué líneas sensacionales! Se las voy a leer". Estaba tan entusiasmada, que el peluquero se reía mirándose a cada rato en el espejo. No me dejaba moverme, porque mi pelo podía estropearse. Finalmente me dijo, decidida: "La espero en el 802". Salió como si le contaran los minutos. El peluquero me enteró de que era una millonaria belga. Su marido había tomado el avión el día antes, para Santiago de Chile. Ella regresaba a París, donde tenían un palacio. También tenían casa en Chile. Y chalet en las montañas, en Suiza. El peluquero me dijo que subiese al octavo piso, que la señora me esperaba. "Si ella lo pide —agregó— hay que hacerle caso. Es muy buena. Mire lo que me ha dejado..." Me mostró dos billetes de cien pesos. Al pagar, la manicura me dijo que si me cobraban la señora les armaría una pelea descomunal. No tuve más remedio que dar la mano a todos. El peluquero insistía: ¡802, 802!" Le juego a la quiniela" —pensé yo— "¡y a la cabeza!"

Por primera vez Eva había hecho una pausa con sonrisa triste. El cristal de la copa ya estaba velado por el Montrachet, de un color topacio subyugante. Eva bebió lentamente un sorbo, luego otro:

—La señora rubia ocupaba dos habitaciones con baño. Las valijas salían al paso. Eran pocas pero flamantes. Saltó por encima de una de ellas y me abrazó. Yo no podía rechazarla. No había razón. Me pidió las manos. Se las dí. Las dio vuelta. Siguió un momento señalando con el dedo una línea de mi mano, y llevó su examen hasta la muñeca. Allí paró. Me miró a la cara y, sin que yo pudiese comprender nada, me besó fuertemente en la muñeca. Una mancha de *rouge* quedó marcada en ella. Sentí cómo le temblaban las manos. No me dio miedo; no; me dio lástima. Cada vez que siento lástima se me llenan los ojos de lágrimas, no sé por qué. No pude contenerme. Nunca pude contenerme. Yo lloro a voluntad, pero sin quejas. La señora rubia, al verme los ojos humedecidos —no como ahora—, levantó la mano derecha y quiso recibir una lágrima mía. Cuando la tuvo en la mano cerrada, comenzó a besársela. Yo me sentí confundida. Estábamos sentadas al borde de la cama. A mí me daba la luz de la plaza en los ojos. Ella quedaba en la sombra. Me creía yo tan desgraciada al no saber qué hacer, que se me escapó un sollozo. Después, nunca más me quejé. Ni ante ella ni ante nadie. Dejé caer las lágrimas, que bajaban por mi cara, y la señora rubia terminó por enjugarlas con un pañuelo muy perfumado. El momento resultaba cada vez más difícil. Yo no sabía qué hacer. Sentía lástima. Podía ella ser mi madre. Como no la conocí bien, podía ser ella. Entonces tenía yo veintidós años. La mujer se echó a llorar, pero quejándose, y tuve que calmarla. Dije palabras cariñosas. Cuando recuperó el habla, se serenó y dijo que suspendería el viaje; que no

tomaría el avión. A mí eso me pareció lo más natural. Si no tomaba el avión, por algo sería. Las valijas estaban prontas; pero las valijas se hacen en poco rato. Cuando logró tranquilizarse empezó a reir, moderadamente, hasta que la camarera llegó a preguntar qué pasaba, porque entonces la señora reía a gritos. Al verla, también la camarera se puso a reír. Las tres, al fin, reíamos como locas, contagiadas la camarera y yo. Hasta que la señora me abrazó, me besó y me dijo: "¡No viajo; me quedo! Ahora vas a ver..." Y llamó por teléfono dos veces, y ordenó que le cancelaran el pasaje. La camarera, al oírla, dejó el cuarto. "Dejo el viaje —me repitió no sé cuántas veces— ¡por ti, por ti, por ti!" Cuando yo quería hablar me decía: "Tú... tú... tú... Tú no hablas. ¡Me quedo por ti! Y sólo me voy a París si vienes conmigo". Yo estaba tan cansada en aquel momento, que me tiré en la cama, cuan larga soy. Vi cómo la señora empezaba a desempacar. Llamó a la camarera y le ordenó que fuese colocando en su sitio las cosas. "El próximo avión sale el lunes. Faltan ocho días. ¡Me quedo hasta el lunes!" Al vernos solas, reaccioné. Insistió con preguntas, unas tras otras: si podía yo viajar; si tenía pasaporte; si quería irme. Cuando le contesté que nadie podía impedírmelo, puso cara de asombro. Nadie no podía ser. No creía ella que existiera una persona sin nadie. Se acostó a mi lado, diciéndome que su cansancio era parecido al mío. Fumamos, mirando al techo, como si lo hubiésemos hecho muchas veces antes. Volvió a llamar por teléfono. Habló con la compañía Air France. Dijo su nombre. Supe entonces cómo se llamaba. Su nombre era Fanny. Poco me importó el apellido. Reservó un pasaje para mi. Dijo que era para su secretaria. Al día siguiente encargaría mi pasaporte. Le gustó mucho mi nombre. y me besó al conocerlo. Primero en la frente,

porque me llamaba Eva. Después en la boca, también porque me llamaba Eva.

Eva, al hablar, recurría a varios registros de voz. El timbre era siempre el mismo, no así la entonación cuando ella quería insinuar algo más de lo dicho. Volvió a beber, y se llevó a la boca un pedacito de pan.

—Cuando se ha tenido hambre en un albergue para menores, en que diez o quince muchachas de cierta difícil edad se amontonan en un cuarto, una no sabe a quién culpar de todo lo que puede pasarle.

Hizo una pausa larga sin mirar a su amigo, pero como reclamándole una atención mayor, necesitada tal vez de solidaridad y comprensión. Y prosiguió:

—Existe en la calle, entre el albergue y la vida, algo que llaman trata de blancas. Y si yo le digo que la trata de blancas es preferible al albergue... usted me pedirá explicaciones, más claridad. Bueno; yo se las voy a dar. Es preferible que nos exploten, porque así, por lo menos, nos quedan los recursos del placer... El placer... —(Eva suspiró, y una bocanada de humo puso sombra en los labios de líneas armoniosas)— el placer, Carlos, se enfrenta al reglamento del albergue. La explotación deja de tener importancia ante el vejamen y el crimen a sangre fría de la reclusión. Un mes tan sólo, un día, una noche en un albergue bastan para envejecer a una muchacha cualquiera. A veces se envejece en unas horas. Lo que se proyecta allí en una noche o en una tarde de lluvia es mucho más horrible que las exigencias de los *maquereaux*. La trata de blancas es una liberación frente al total desamparo. En el albergue se sueña con un hombre, con cualquier hombre, porque él significa la salvación ante la muerte lenta. Por eso hay trata de blancas y en ella caen especialmente las muchachas que pasan

una noche en tal casa. Todas son allí prostitutas sin hombre. Afuera lo son, pero con hombres cerca; ya el que las explota, o bien el que las abandona. Sí, cualquier destino, menos la cárcel de menores. En la cárcel los hombres pueden recuperarse, elegir trabajo, destino. Nosotras, no.

Carlos miró hacia la lejanía para no ver los ojos de Eva, ya turbios de lágrimas.

—Hay otro camino, y es el que proporciona trajes sastre, camisas de hombre, botones de oro llamativos. Mi vida estuvo en el filo de ser cortada por alguien conocido. Ninguno se acercaba al Victoria. Nadie podía imaginarme allí. Pasé el tiempo oyendo radio, hasta que me dieron el pasaporte. Yo tenía mayoría de edad y aparecía como la secretaria de madame Perlot. Abandoné el traje sastre al tercer día. Todo lo que me compró mi patrona valía diez veces más que él. Subieron mis valijas. La camarera me alabó la suerte. Le expliqué que hacía tiempo que la señora me había prometido el viaje, pero que mi novio no me permitía hacerlo. Le conté que entonces vivía mi madre. Ahora soy huérfana, dije por fin. Las camareras son siempre sensibles, y aquélla se apiadó de la huérfana, y me ayudó en muchos detalles. Mientras arreglábamos las maletas, me hacía preguntas difíciles de contestar. Pasé varios días sin salir a la calle. Madame Perlot podía mandar retirar el visado del pasaporte. Un botones del Victoria lo arreglaba todo. Nunca dejó menos de un dólar en la mano del muchacho al volver éste de la calle. Las cuentas las pagaba en la portería. Un hombre que hiciera tal cosa habría producido escándalo. Pero era una mujer, y la vida de las mujeres puede ser misteriosa, porque eso adorna. Las millonarias son mucho más libres que los millonarios. Una mujer como madame Perlot puede más que monsieur Perlot, y lo que ella realice no hace

sombra a nadie. Los tratantes de blancas masculinos se exponen a cada momento. A los femeninos los ignora la policía, ya que forman una gran familia que puede llevar secretarias de un extremo a otro de la tierra. No me haga usted hablar más. Vamos a comer este pescado, que parece obra de los dioses...

Aplastó la colilla del cigarrillo y se acomodó en su asiento, con una glotonería marcada ex profeso. Carlos sonrió a una de las porteñas, que desde el extremo de la terraza había mirado una que otra vez con fingido disimulo.

Los delicados bocados de mariscos no alteraron el tono del monólogo de Eva. Recobró la palabra y habló con la naturalidad de antes. En ese momento Carlos pretendía cambiar el curso de la charla, temeroso de las confidencias al borde de intimidades insoportables. Celebró el almuerzo, elogió el vino; se dialogó sobre el apetito que abre el aire de mar. o que despiertan los cambios de temperatura. Eva persistió en su tema, automáticamente, sin perder el hilo que iba extrayendo de la madeja. Era la primera vez, después de mucho tiempo, que hablaba en forma torrencial su propio idioma. Pronunciaba un francés con encantador acento extranjero. Su fresca memoria y su inteligencia, siempre empleadas en el mismo sentido, dieron buenos frutos. Madame Perlot le proporcionó toda clase de facilidades, y en dos años, con maestros viejos afeminados, realizó la proeza de Pigmalión. Eva se prestaba con gusto a la experiencia, que día a día fue haciéndole olvidar su infierno inicial. París era la espectacular escuela que la había adoptado a la edad en que empezaba a desarrollarse la natural disposición de su entendimiento. El lapso de la evolución adolescente se juntó en ella a la prematura madurez agria, a fuerza de vigilancia policial y de dominio absoluto de hom-

bres inferiores. Había tenido un largo reposo su mente animalizada. Cumplido el bachillerato de París, su francés llamaba la atención, impreso en una voz de timbres bajos, persuasiva, cautivante. Al retroceder en el relato de su vida confiado a Carlos Ochoa y que se inspiraba en Pando, cumplía ella algo ritual consigo misma, y con el pasado que no le pertenecía. Esta circunstancia la movió a empezar la historia por el traje sastre, piedra de toque de su existencia.

—En la prostitución —continuó Eva— hay muy poco sexo. Mucho menos de lo que se cree. Nadie se entrega por vicio, y si una mujer se da a ella por eso, está perdida. Una se vuelve máquina del goce ajeno. Si hay temperatura, viene la fiebre. Si hay fiebre, se alteran los sentimientos. Voy a cumplir veinticinco años. Si ya ahora no soy vieja, fui vieja a los quince, y más todavía a los once. Cuatro años después de conocer a Pando, era yo una máquina de carne y huesos, sin un solo ser viviente a quien contarle nada. Si lo intentaba ante alguien, ya a la segunda frase me quedaba muda. Conocí hombres que me dijeron que no les servía. No era yo del gusto de sus relaciones. Pasé de mano en mano. Nunca me enojé. Me daba tanto uno como otro. Ni los hice pelear entre sí. Llevar a los hombres es lo primero que se les ocurre a las muchachas de mi condición. Si dos reñían, tuve suerte al dar con un tercero capaz de vencerlos. Había que mantenerse dentro de una clase. Siempre en el mismo nivel. Había que pertenecer al jugador de fútbol, al quinielero, al falso corredor de máquinas de afeitar contrabandeadas. Todos simulaban tener un oficio. Hasta que me puse el traje sastre y pasé de la calle sucia al hall del Victoria. Todo estaba en animarse a saltar por encima del charco. Desprecié a muchos muchachos que lo habrían pasado muy mal de acep-

tarlos yo. Uno, estudiante de medicina que vivía por el Prado, me quería mucho. Pero para los hombres es difícil tener doble vida. Los celos, vistos desde la frialdad de la indiferencia o desde la honradez, son ridículos y parecen una enfermedad. Yo temblaba andando por las calles con madame Perlot durante los pocos días en que viví en el Victoria. Siempre en auto de *remise*. Prefería quedarme en la cama suavizándome la piel, dando descanso a mis pies, lo único que la vida me había afeado. Mi mayor éxito de vagabunda era dormir sola en una de esas casas que en Montevideo tienen nombres muy curiosos: *Don Quijote* —por ejemplo— o *Copacabana*. Conseguir que alguien me dejara como a una desvalida en un cuarto de posada era mi máxima ambición.

Cuarto neutral de alquiler
por el que nomás ayer
pasaron otros amantes;
en donde nos amaremos
una tarde, y nos iremos
como otros se han ido antes...

Estos versos me los enseñó un tipo casado que me dejó pasar una noche sola y a la mañana siguiente me llamó desde su oficina o consultorio para darme los buenos días. Tengo un rosario de hechos parecidos que no voy a contarle ahora. Los primeros, los que más significaron, fueron los de Pando, nuestro querido Pando, Carlos...

Ochoa había bajado la cabeza, y ahora Eva le miraba al rostro buscando la reacción que sus palabras producían en el confidente. Un segundo plato, y luego las frutas de estación y el café humeante en la brisa deliciosa de la virazón iniciada en aquellos momentos. Las dueñas del restaurant desaparecieron, y la casa se les hizo propia. Las playas,

desiertas; el mar, grave, sin bañistas, unían con su desolación a aquellos dos seres apartados del mundo. Carlos Ochoa sentíase físicamente molesto por la ropa inadecuada que llevaba. No portaba indumentaria de turista, pues iba a su trabajo en la capital. Le pidió a Eva permiso para ponerse en mangas de camisa. La tarde, poco a poco, se tornó pesada y tormentosa. En pocas horas el cielo inició una sinfonía de nubes en el vasto horizonte marino. Eva observaba el cambio, y añoró las tardes seguras del Mediterráneo. Llevada por la evocación del clima de Europa, quiso dar por terminado el periplo de su patria y entrar a contar a Carlos Ochoa sus jornadas de París y de otros sitios en que el azar, y nunca la pasión, la fue desplazando como un huracán de vientos alternados e incesantes. La tormenta que se cernía en el cielo de su patria, avanzada ya a las cuatro de la tarde, precipitó las confidencias.

—Yo no tenía la menor idea de lo que era París. Madame Perlot no podía creerlo. Mis inocentadas la alegraban, y la pusieron más entusiasta con respecto a mí. Yo nada sabía de la Tour Eiffel, y el confesarlo no era una hazaña. Dicen que antes había por todos lados prostitutas polacas y francesas que ilustraban a las criollas. Hoy hay que ser autodidacta.

Eva sonrió a sus palabras, porque descubrió en los labios de Ochoa el amago de una sonrisa. Y prosiguió:

—No estaba yo comprometida para decir que todo lo que veía en París era hermoso. Madame Perlot contaba a sus amigas mis descubrimientos y mis raras reprobaciones. Aprendí una sola cosa rápidamente. No había que sorprenderse por nada. Todo debía parecerme lícito. Todo debía aceptarlo. Debía aceptar de plano cualquier costumbre. Cuando se

anunció a monsieur Perlot, no tuve tiempo de imaginarlo. Venía volando desde Chile, y pensé que también él habría mirado durante horas enteras los tres cielos que yo descubrí a ocho mil metros de altura. Nubes blancas, luego grises, y otra vez blancas, y, abajo, el mar y alguna vela, algún barco. Las montañas me enloquecieron. Después supe que eran los Pirineos. Al anunciársenos, tres horas después, en medio de una tormenta de nubes negras, que debido al temporal no bajaríamos en Ginebra sino en Zurich, a mí me dio lo mismo. A madame Perlot nada la ponía nerviosa. Habló en alemán a una camarera y le guiñó el ojo. Yo sospeché que quería burlarse de mí, pero me equivoqué. Al momento teníamos una botella de cognac entre las dos, bajo la manta. Me dijo que hasta que no estuviese caliente no beberíamos una sola gota, y que yo debía calentarlo con mi cuerpo. Se juntó a mí, y, atacadas de una risa nerviosa, empezamos a calentar la botella. Algún vecino sonreía. La camarera me guiñó el ojo. Era una chica muy bonita. Me hizo una seña. Se dirigió al perchero, donde yo había dejado mi abrigo liviano, y vi que metía en el bolsillo un papelito. Como nos pusimos a beber a escondidas de los asustados viajeros, me olvidé completamente del billete. Bajamos en Zurich muy borrachas. Nos llevaron al Bord-au-Lac, un hotel maravilloso. El frío y la nieve no nos sirvieron para aclarar las ideas. Reímos de lo lindo y quedamos toda la tarde encerradas. Veía yo nevar por primera vez. A mí no me interesaba nada saber cómo era la ciudad, y sí tan sólo la nieve. Desde las ventanillas del autobús, bañada de un color azul, vi pasar casas. Casas azules con letreros de borrachera. Pero el día siguiente amaneció con sol. Unos pocos minutos de sol, y todo blanco. Teníamos un balcón que daba a un canal. Nos hicimos servir en la propia

habitación. Madame Perlot me dijo de pronto: "Si verdaderamente no te gusta lo que nos está pasando, tienes el pasaje de vuelta" —y me mostró un cartón que yo ya conocía. Para burlarme de su ocurrencia, le dije: "También yo tengo un cartoncito". Y corrí a buscar mi abrigo de media estación. Saqué del bolsillo el billete que en él había dejado la muchacha del avión. Madame Perlot leyó: "Si quiere quedarse unos días en Zurich y pasarlo en Saint-Moritz, a donde nos iremos de vacaciones, hábleme al teléfono número tal..." Madame Perlot estiró la mano para tomar el auricular y pedir el número. Tuve que ponerla en ridículo para que desistiera. "No se puede viajar con una maravilla como tú —terminó—. El mundo está lleno de ladrones". Por suerte, teníamos pasajes para París. De aquella visita a Zurich sólo recuerdo a las gaviotas con frío y nieve en las alas, al punto de no poder alzar vuelo. Caían en el lago.

Carlos pidió Cognac.

—Es para asustar a la tormenta que se nos viene encima —dijo.

Eva prosiguió bebiendo de la gran copa que había traído una —la más sonriente— de las porteñas.

—Volábamos sobre París en un avión chico. A mí me impresionó la diferencia, y hasta tuve miedo. La señora Perlot viajaba muy cansada. La molestó mi observación. ¿Ya se cansaba de mí? No me sentí feliz, porque si el avión me asustaba por su tamaño, no era por culpa mía, sino por los aviones pequeños. Esta reflexión la encolerizó. Durante una hora no me dirigió la palabra. Habíamos pasado una noche agradable cenando en el grill del hotel, porque para comer en el salón comedor era necesario vestirse. Era un sábado, y se habían dado cita allí altos personajes del país. Por primera vez vi algo verdaderamente deslumbrante. Mujeres con

plaquettes de fabulosos brillantes. Esmeraldas de un tamaño insultante. Hice las preguntas del caso. Madame Perlot quedó muy satisfecha, según decía, de que yo supiera diferenciar una gente de mi país, rica y sin joyas, de otra europa, muy lujosa. Cada observacion mía con algún signo de inteligencia la alegraba. De manera que la observación sobre el avión la molestó. Aquello no lo olvido. Era una muestra de carácter. El enmudecer durante tanto tiempo me dio miedo. Francamente miedo. Estábamos sobre París, y para cortar la frialdad por ella establecida le dije, al ver una torre que imaginé era la famosa torre de París: "Esa es la tour Eiffel, ¿verdad?". Me respondió de mala gana, y el avión se inclinó un poco permitiendo que yo apreciara mejor la torre. Pegué la frente al vidrio de la ventanilla y no pronuncié palabra hasta el aterrizaje. Al presentar los pasaportes, Fanny me mostró un cable que había recibido de Zurich sin que yo me diese cuenta. Estaba escrito en español, lo que me extrañó. El cable decía: "No vayas a la casa de Neuilly. Arréglate en un hotel". Y firmaba Perlot. Cuando terminé de leerlo, la señora Perlot me dijo: "Hay lío. No quiere que vayamos a nuestra casa. Algo raro debe de pasar. Tenemos que buscar un hotel". A mí me daba lo mismo la casa que el hotel. La ayudé en todo lo que pude. Llevaba valijas, presentaba papeles. Cuando pronuncié la primera palabra, en un francés que ella creyó correcto, me besó en la frente y me llamó *ma soeur*... Dejé de ser su secretaria para ser su hermana. Después supe que el calificativo de hermana tenía otro sentido.

Nos instalamos en el Hôtel d'Angleterre, rue de l'Université. Bajábamos de categoría. Nada tenía de parecido al de Suiza. Fanny me explicó. Si su marido no la dejaba ir a la casa que tenían en Neuilly,

era porque ignoraba que ella viajaba conmigo. El telegrama me parecía más bien demostrar lo contrario. ¿Por qué en español? Una vez instaladas, me llevó a casas de peinados. Consiguió asombrarlas con mi tipo español —decía—. Salimos a comer a lugares muy próximos al hotel, en el barrio de Saint-Germain. En *La Malène* la saludaron como a vieja conocida. En *La Biblioteca*, donde tomamos café y respiramos un aire espeso, también la conocían. Era ella tan popular en algunos lugares, que empecé a preocuparme por su conocimiento de París. A la tercera noche, ya descansadas, amanecimos en una *boîte* llamada "Ma belle soeur". Allí comprendí que el entusiasmo de madame Perlot por las mujeres era explicable. Se sentía una señora poderosa, capaz de lanzar al mundo las más bonitas criaturas que quisieran arriesgarse. Hay muchas en condiciones de hacerlo. Supe muy pronto que se podía viajar por todo el universo sin pedir nada a los hombres, que todo lo prostituyen. Bastaba con ceder a las mujeres que saben mantener insospechada la cofradía, como nadie lo ha conseguido hasta el presente. Supe que es posible mantener intacta la virginidad y ser al mismo tiempo la más horrible ramera. "Todo está en comprender y hacerse la dormida" —me decía una sueca deliciosa y cínica de quince años. "Hacerse la dormida y dejarse estar" —decía—. Me la presentó madame Perlot. Quería practicar el español y darme lecciones de francés. Fuimos amigas; después, confidentes; más tarde, *hermanas*. Me gustaba mucho, porque era franca y no me escondía ningún paso de madame Perlot. A los quince años sabía cosas que la envejecían. Yo iba a buscarla a la salida del liceo. En verano concurríamos a Robinson y a otros lugares donde se reunía mucha gente. Su madre, una belga divorciada de un constructor inglés, había confiado a madame

Perlot la suerte de la muchacha, que se llamaba Gaby. Era un animalito que se dejaba acariciar el día entero. Ahora ya tiene veintiún años y habla de matarse. No ha encontrado un solo muchacho que la escuche. En París abundan los hombres que saben escuchar a las mujeres. Es lo bueno de los franceses, tan respetuosos de la *fraternidad* entre mujeres. Fanny tenía celos de cualquier hombre que se acercaba, pero yo sabía hacerla cambiar. No volvía a ver a cualquiera que de algún modo se insinuara. Yo le dije que había aprendido a aceptar todo. Madame Perlot tenía un plan sobre mí, y quería que fuesen los artistas de Saint-Germain quienes me descubrieran. A la vuelta de las vacaciones de Pascuas toda la gente sedienta de París se precipitaba hacia la Brasserie Lipp. Todos quieren contar lo que han hecho en el castillo o en el *moulin*, o en la campaña, en sus *fermes*. Les gusta saber, esa misma noche, qué hay de nuevo en la gran aldea, y para ello se citan en la Brasserie Lipp, y allí se descubren unos a otros. Yo sé que usted no lo va a creer; pero, ya a los tres meses de estar en París, las conversaciones me resultaban familiares. No podía contestar, es verdad, pero sabía todo lo que ellos decían de mí, y lo que insinuaban a madame Perlot. Hasta el desprecio que por mí mostró el escultor Giacometti, que comía con Juliette Greco. Yo no le gustaba nada, nada. Giacometti era un hombre feo. Pero a un gran artista no tenía por qué gustarle una muchacha morena de ojos verdes y piel mate, tentadora para el lecho. El escultor prefirió seguir su charla con la Greco, despreciándome... Era un camello, según gritó madame Perlot. "No te ha dirigido ni una palabra, —me dijo—. Es el primer hombre que no te dice nada". Gritaba, nerviosa. Pero apareció el autor Steve Passeur, y su banda se deshizo en cumplimien-

tos. Madame Passeur era tan generosa, que me trató como a uno de sus sombreros. Eran los únicos que podían permanecer en la cabeza de una señora, en la platea de cualquier teatro de París. Ella no se los quitaba, y la representación seguía. Imposible hacer que se los quitara. París admitía estas extravagancias. Madame Perlot, naturalmente, prefería personas de los medios artísticos; pero su marido las odiaba. Fracasamos durante las tres semanas de nuestra permanencia en Saint-Germain. Algunas veces íbamos hasta el otro lado del Sena, a comer en el Buffet 48. Al entrar al bar —un sótano con muchachas encimadas porque no había sitio suficiente— producimos sorpresa general. Madame Perlot me presentó. Comprendí muy bien que alguien decía: "¿Dónde tienes escondida esta belleza, canalla?" Desaparecimos del restaurant. Nadie suponía que estábamos en el Hôtel d'Angleterre, que tanto estimaba mi amiga protectora. La dueña era belga y había sido *hermana* de Fanny. Me di cuenta de que París era muy chico, aunque era posible vivir en él muchas vidas ignorando los unos lo que los otros hacían. Gente del Buffet 48 no se veía en Saint-Germain, donde madame Perlot esperaba tropezar con una ex embajadora que tenía *algo* para ella. La ex embajadora, de un país del otro lado de la cortina de hierro, vivía de las importantes relaciones que había tenido su marido con ricos príncipes del Extremo Oriente. Madame Perlot necesitaba presentarme a un príncipe para entrar ella a la nobleza oriental. Pero la ex embajadora, un trapo raído, no pudo cumplir su promesa. Nos presentó en cambio a su hijo, homosexual y cocainómano, que ponía punto final a su vida de celestina. El príncipe sería buscado para su hijo más que para mí. Habíamos visto en *Le Monocle* varios falsos marqueses que se citaban en un bar de medianoche

llamado *La Reine Blanche,* a pocos pasos de nuestro hotel. Allí se hablaba inglés. Fanny pretendía que me conocieran en esos lugares. Quería crear una leyenda primero, para después presentarme en una fiesta en la casa de Neuilly. Un pintor quiso pintarme; a Fanny se le ocurrió que debía pintarme desnuda, y el pintor se asustó. Fue una escena cómica. Otro, que me pintaría de cuerpo entero, estaba dispuesto a pagar mucho, pero no tanto como exigía madame Perlot. No hubo acuerdo. Ella sintió celos. Pasamos noche tras noche esperando que se produjera no sé qué milagro. En algunas *boites* cargadas de turistas se guiaban por el horario del *Metro,* y despectivamente llamaban "clientas del Metro" a algunas *hermanas,* porque regresaban a los otros barrios en el último tren. No vivían en Montparnasse. Era gente de los alrededores que venía a hacer su tráfico nocturno como señoras serias. La vida depravada tiene también horarios y reglamentos. No se necesitaba ser muy inteligente para darse cuenta de que aquéllas eran oficinistas de los bares. Madame Perlot conocía todas las martingalas. Pero era inconsciente. De manera que no bien monsieur Perlot anunció su regreso nos trasladamos a Neuilly. La casa era hermosa, con ventanas que daban al Sena y el Mont Valérien a la vista. Esperamos a monsieur Perlot, a su automóvil y a su chofer. Nunca llegué a aclarar los enredos de madame Perlot ni las razones que tenía para no habitar la casa y disfrutar del pequeño jardín hasta la senda que lo separaba del Sena. Según la sueca Gaby, las bacanales de madame Perlot se producían en ausencia de su marido, quien siguió dándole vacaciones en hoteles que distaban mucho del Victoria. ¿Tenía madame Perlot doble vida? Eso me preguntaba yo a cada momento. Nuestras relaciones eran buenas. Ella hacía de mí lo que quería. Me pasea-

ba embelesada, me presentaba amigos, profesores en modales aptos para mantener la línea —dietistas, masajistas, maestros de gimnasia rítmica, todos homosexuales. Si alguno no lo era, parecía serlo. Acudían a la casa de Neuilly, que se llamaba *Mon Repos* y estaba cerca de Puteaux, donde un restaurant para millonarios nos abría las puertas entre hermosas telas de Villon. En la lista figuraban platos con los nombres de los más grandes pintores: *tournedos* a la Picasso o a la Utrillo, *omelettes* Braque, etc. Nunca vi allí más de cuatro parejas. Nosotras íbamos citadas por algún rico extranjero. Allí conocí a Luis Castromagno, quien, millonario y español, se interesó por mi suerte. Quería ser considerado como *amateur* de pintura, y para ello utilizaba a madame Perlot. Sus industrias del acero —fundiciones en San Sebastián, en Santander, en Oviedo— formaban inmensas usinas. Pero vivía siempre fuera de España, porque temía que en su patria lo matasen. Decía que en eso se parecía a los rusos, que antes de la Revolución de Octubre vivían de sus minas en Rusia, pero temiendo el fin. Nos contó, ese día, que pensaba pagar la edición de lujo de un libro, maravilloso según él, escrito en alemán. Se titulaba "Cómo conducirse en la cama". Se rió mucho cuando le dije que uno de los primeros libros que yo había leído se titulaba "Cómo adelgazar comiendo". Casi se ahogó con un tinto que saboreaba. Le hizo mucha gracia mi recuerdo. También él conocía el título. Así, por el camino que abría el tema del libro, del cual él sería traductor y editor, bebimos mucho. Luego nos llevó, sin consultarnos, a su departamento del Claridge, en los Champs Elysées. Era un gran departamento el suyo, y en él recibía. Caímos rendidas a las cinco o seis de la tarde, en uno de esos anocheceres repentinos de París, y no nos dejó volver a Neuilly. Nos quedamos

en el hotel bebiendo cognac. Yo lo bebía apenas. El aire se fue viciando, y Castromagno se declaró perdidamente enamorado de mí. Sacó de un cofre una joya magnífica, una esmeralda circundada de brillantes, que me pareció falsa a pesar de su esplendidez, y madame Perlot hizo una escena cómica tirándose de espaldas en la cama. Mostraba así su asombro. Castromagno la besó en la nuca y en la espalda. La besó mientras yo pasaba la joya frente a un espejo acercándola a mi pecho. El me observaba. No llevaba yo un traje como para lucirla. Castromagno dejó a Fanny desvanecida sobre la cama, pidiendo caricias, se me acercó y me arrancó los *bretelles*. No quedaban mal las piedras sobre mi piel morena, entre los senos. Aquella ostentosa esmeralda era un sueño, y me pareció que no había en mi cuerpo lugar mejor para lucirla. Castromagno me dijo insistentemente que yo debía leer el libro que él ayudaría a editar, y me entregó una copia al dejar el Claridge. Me di cuenta de que pretendía educarme por si alguna vez le hiciera falta citar pasajes del libro. En las primeras páginas había un estudio de los cinco sentidos al servicio del amor. Pasé de la simple curiosidad al examen atento de aquellas páginas, y en tal tarea me ayudaba Gaby, la *hermana* sueca, porque la terminología me resultaba difícil y en ellas se descubrían actos impracticables. Estudié mis limitaciones. Descubrí que muchas cosas yo las sabía ya, aunque no los nombres que a ellas ahora se daba, desconocidos para mí. Vi, catalogadas, sensaciones que yo jamás había experimentado. Esto último no podía explicárselo Fanny, y Gaby se extrañó mucho de mis ignorancias, diciendo que a ella la había examinado en su país un médico, quien puso a prueba sus sentidos uno a uno, de una manera muy rara. Yo tendría que hacer lo mismo. Hablamos, en serio y en broma, del olfato,

del tacto, de la vista, del gusto. Ella era muy golosa, y yo no. Por último hablamos del oído y, tras alguna broma suya, terminamos sin aclarar nada. Pero mi propio oído me espantaba y me preocupaba el corazón, que en las mujeres suena a tambor cuando se acelera vertiginosamente. Fanny solía llevar hasta mi pecho una mano suya para reclamarme no sé qué golpes de sangre, pero yo nunca pude corresponderle en forma satisfactoria. Según ella, tendría que verme un médico. El libro que me dio Luis Castromagno me hizo pensar mucho al cabo de su lectura, y al fin comprendí algunas cosas, cosas de niños en el sentir de Gaby. El libro aquel era científico y sucio al mismo tiempo. Las partes que al español le gustaban aparecían señaladas con lápiz rojo, y Gaby me dijo que allí estaba lo que yo debía prender porque no lo sabía. Se jactó, riéndose, de que ella podía agregar a todo cien páginas más. "Cualquier muchacha sueca sabe más" —dijo—. "Eres el más bello animalito" —exclamaba madame Perlot cuando me tenía a su disposición—; "pero ya llegarás a conocer muchas cosas". Cansada pero nunca satisfecha, yo me aplicaba los cinco sentidos al libro de Castromagno, que comentamos con la sueca cuando volvió de unas cortas vacaciones en su país. Me contó sus hazañas con turistas sudamericanos —algunos de ellos negros— atractivos. Su hermana mayor temía haber quedado encinta de un negro brasileño. Pero quedó en nada. Con todo, no podía negar que había sido amante de un negro turista. Por suerte, ya antes de regresar Gaby, estaba tranquila. Al día siguiente llevé a un joyero de la calle Mermoz, cerca de los Champs Elysées, la joya que me había regalado Castromagno, y allá supe el alto valor de la esmeralda. Acepté sonriente las felicitaciones del experto, quien se puso a mi disposición. "Tiene usted

en la mano una pequeña fortuna" —me dijo—. Regresé muy temprano a Neuilly y no encontré a Fanny. Había salido en mi busca. Según monsieur Perlot, Fanny estaba muy nerviosa. Al regresar nos encontró tomando whisky y bromeando en español. Vi en los ojos de mi amiga el rayo de los celos. Para distraerla, le conté que Jean Marais había atracado a pocos pasos de *Mon Repos* su preciosa *péniche*. Se la veía iluminada. La sola idea de tener al artista en la proximidad de su casa la tranquilizó. Vimos más tarde movimientos de luces en la barcaza, y entonces monsieur Perlot quiso narrarme lo que pasaba adentro. Empezó a contar algunas cosas que yo suponía, pero no conocía por experiencia. Madame Perlot se colocaba a mi lado. Temí que su marido se molestase de veras. Según Fanny, él admitía todo y no había que temerle. Entonces fue cuando ella no permitió que su marido me acariciase. Ya en la cama, a las dos de la mañana, Fanny se puso a clamar por mí para que yo acudiese a su lado, y entonces aparecí en el cuarto, como ella lo exigía; estaba yo apenas cubierta con una gasa. Entre las humillaciones a que conduce el tráfico femenino está el que uno deba afeitarse el monte de Venus en algunos casos; en otros, para dar gusto, el dejarse crecer el vello de las axilas. Nunca me opuse a ningún capricho. Me daba lo mismo dormir entre gasas que sin ellas. Podía dormir en cualquier sitio. Ya lo había hecho en mi vida. Esa noche Fanny perdió la batalla. Cuando Perlot me ofreció casarse conmigo diciéndome que no estaba ligado a Fanny, yo le contesté que nunca aceptaría tal cosa. Al negarme, él estrechó más el círculo. Un buen día me llevó al Crédit Lyonnais y abrió una cuenta a mi nombre por cinco mil dólares. Y me dijo: "Esa es la garantía. Andá pensándolo. Si querés vivir siempre en tu

tierra, nos vamos del todo a tu país". Perlot era simpático. Tenía cuarenta y cinco años, era saludable y resistía la vida que llevaba. Negocios, y de pronto juergas, bacanales. Me hizo visitar una *péniche* que vio atracar al borde del Sena, cerca del puente Alejandro III, último atracadero de barcazas. Estaba en venta. Allí comimos, sin que Fanny lo supiese. La *péniche* me encantó. Me la ofrecía. Tenía en la popa un salón para poder, según la dueña, pintar desde dentro de la barca. Vinieron los dueños a excusarse de que quedáramos solos. Podíamos hacer lo que nos diese la gana, menos soltar amarras. Bromeamos y nos adueñamos de la *péniche* por una tarde. Era una sensación bastante nueva y linda. Nunca la hubiese imaginado. Le debía a Perlot un momento feliz. Usar la barca era una forma de probarla. Perlot me dijo que si yo quería me la regalaba, pero que me costaría dinero mantenerla. ¿De dónde sacaría yo regularmente la plata para seguir con la barcaza a flote? Bebimos y tomamos café en el *atelier*. A un lado se veían barracones, y una playa por donde caminaban hombres andrajosos que recogían en sus bolsas no sé qué desperdicios. Levantando los ojos descubrí la tour Eiffel. Contra las nubes grises era una inmensa rama seca. Las hojas se las habría llevado el viento. Era otoño, y los bordes del Sena aparecían dorados por la hojarasca. Pasaron algunas *péniches* más pequeñas que la nuestra. También grandes chatas, repletas de arena o de piedras, con penachos de nubes azuladas saliendo de las chimeneas. Perlot tenía las manos heladas. No me gustaba nada que tomara las mías, que siempre ardían. "Parece que tuvieras fiebre —me dijo—. No estaría mal que un médico te examinara". Su cariño empezaba. Ya no era el hombre que sólo exigía satisfacciones sexuales. Repitió que podía regalarme la *péniche*. La habita-

ríamos los dos, en la buena época. Me aclaró que al helarse el Sena los bloques de hielo golpean el casco, y que en una *péniche* el frío es insoportable. Sería para pasar el verano, sin vida mundana. Se podía alquilar. Fumando un cigarrilo tras otro y bebiendo mucho café, me contó una aventura por el Sena. Habían alquilado una barca más chica que la que ocupábamos. Remontaron el Sena, y por canales que están bien determinados en las cartas llegaron hasta el Ródano. Me fascinaba oírle contar su aventura de amor. En aquella época no conocía él a Fanny ni sabía que se podían hacer tantas combinaciones para matar el aburrimiento. Se mostró un hombre distinto, como cualquiera de los que veíamos pasar en las *péniches* hacia el puente Alejandro III. Casi me daba envidia el verlos remontar el río en un viaje que yo nunca podría hacer. "Hay canales deliciosos, con verdura en las orillas, y pequeños puertos donde uno atraca y se queda hasta que agota las posibilidades de paisaje y se decide a seguir andando. Has visto cómo los perros dan vueltas antes de echarse... Pues eso hacíamos nosotros. A veces, por cualquier detalle, no nos gustaba el atracadero, y entonces seguíamos navegando remolcados". Pensé que nunca iba yo a poder hacer un viaje como ése, y tal pensamiento me molestó. Se me helaron las manos. Perlot quiso acariciármelas, porque las suyas estaban calientes. Tomados de las manos, nos sorprendió la dueña de la *péniche*, encanecida y desaseada. Estaba contenta de haber hecho de celestina. Su *péniche* en venta podía ser alquilada por el día, y por una semana también, pero inmóvil en el Sena, sobre un agua verde en que, si se la miraba con insistencia, uno descubría diarios flotando, o *affiches* de teatro, o cualquier otra cosa. A pesar de su aparente quietud, el agua pasaba rá-

pida por el casco de la *péniche*. El relato de Perlot me dio la primera amargura de París. Yo nunca haría un viaje como el que había hecho mi ocasional protector. ¿Dónde encontrar un hombre capaz de proponerme una excursión? Ese hombre ya había muerto... había muerto.

Las nubes crecían en el horizonte marino. La tormenta no tardaría en descargarse sobre las sinuosas costas de la península. El viento era un animal enfurecido. Una de las porteñas cerró el ventanal en previsión de repentina tempestad. "Va a pasar" —dijo—. "Tormenta de verano". Carlos Ochoa se dejaba llevar por el relato de Eva. Había visto otro París, y muchas cosas le parecían ahora irreales. Si pudiese volver con un amigo y recorrer esas orillas desiertas o con pabellones y paseos siempre primaverales, como las que él había entrevisto en Bougival... También se había muerto el compañero para una aventura de tal naturaleza. Para él todo devenía agonía y fracaso.

El cambio de temperatura se hizo sentir en forma rápida. Ochoa volvió a ponerse el saco, y Eva levantó la punta de un cautivante pañuelo de Hermés que le cubría la espalda. Colocó ambos codos sobre la mesa con aire de descuido, como si apoyándose informalmente fijara pensamientos desvanecidos. Hay pocas rodillas y codos hermosos. Las manos en la frente, una abierta, sosteniéndola; en las sienes los dedos de la otra. La belleza de Eva pasaba por esos momentos estelares en que el hombre no puede evitar la palabra de alabanza. Ochoa la miró atrapando con sus ojos la gracia de aquella postura que en su propio abandono tenía la majestad de lo concebido con premeditación. Eva no lo dejó ha-

blar, estirando una mano y poniéndole las puntas de los dedos sobre los labios.

Eva volvió a hablar:

—Sé lo que me va a decir, Carlos. Ahórrese las palabras. Cada vez que me pongo así, alguien dice algo. Manos de mujeres me levantaban estos cabellos, que ahora no dejo caer intencionadamente. ¡Si sabré de este juego, y si me habré sacrificado por él! Madame Perlot, cuando me dejaba ir con alguna de sus amigas, le recomendaba que me observase dormida. "Es la única mujer que sabe dormir con elegancia" —le decía—. Porque antes de separarme de madame Perlot conocí muchachas de dinero, y hasta hice relaciones con chicas que no lo tenían pero eran parientas de mis ocasionales hermanas. Volví con alguna de ellas a Saint-Germain, y me enseñó a burlarme de los Perlot. Hasta que el asedio de monsieur Perlot, de vuelta de un viaje a Chile, se hizo terrible. Quería separarme de Fanny ya desde la noche en que me presenté con las gasas de bailarina que su mujer me había proporcionado. Ambos luchaban por retenerme. Fanny, que manejaba dinero pero no podía disponer de fondos como su marido, buscó conservarme ofreciéndome una mayor libertad. Pero cuando el azar me ponía ante alguna persona de rango, ella me vigilaba. En los hoteles de primera nos conocían, y del Ritz al Carlton, del Maxim a Chez Alexandre y al Fouquet, la clientela y los mozos no dejaban de saludarnos al llegar. El contraste entre el rubio cabello de Fanny y el mío, negro, jugaba —supongo— un papel importante. Eramos la pareja conocida de la Tour d'Argent. Se murmuraba. Ya mi francés era bueno; por lo menos familiar. Los temas no exigían mucho. Yo entendía todo. Me faltaban algunas palabras. Distinguir las del *argot* que se empleaba entre *hermanas*. Dije palabras inesperadas. Causa-

ron escándalo. Por alguna de ellas fui conocida antes que por mi *charme*.

Perlot parecía enloquecido. En vacaciones del almanaque no podía pasar sin mi ayuda. Decía él que bastaba con mi presencia. Y no era broma. Nada me exigía. Tanto Fanny como Perlot se conformaban con tenerme cerca, con que me paseara y se me admirara. La chica sueca empezó a sentir celos. La obligaron a regresar a Suecia. Antes de irse, pasamos dos días y dos noches completamente nuestros en Montmartre. Puedo decir ahora cómo tienta el dinero y qué fácil es allí donde hay turistas norteamericanos. En la Mère Catherine, de la Place du Tertre, conocimos a dos señoras de San Francisco que nos propusieron adoptarnos. Nos hablaron de un viaje a California y de un porvenir seguro en Beverly Hills. Odiaban a Hollywood. Eran señoras serias y viciosas de Pasadena, no del cine. Se alojaban en el Ritz. Nos mostraron la cuenta en el Banco de Boston, lo que tenían y lo que no tenían, en las escasas horas en que nos divertimos entregadas a sus caprichos. Repetían que jamás habían hecho nada igual. La sueca desapareció con una de ellas. Se fueron a la rue de la Paix, y volvió de Cartier asombrándose con lo que le había regalado. Como yo era mayor, pensaron que conmigo era asunto de dinero. La otra señora firmó un cheque en dólares y lo metió en mi saco de mano. Esta fue la única vez en que yo era pagada por una mujer. Ella tenía marido. Vivía él en el mismo hotel, pero en habitaciones más fáciles y seguras —decía— para recibir a los hombres de negocios. Entraron y salieron muchos personajes con *serviettes* de cuero, como los que aparecen en las películas. La mujer, entretanto, aprovechaba para probarse trajes en la antesala, intercalando caricias conmigo delante de la costurera. Cuando volvió mi

pequeña sueca, los yanquis se dijeron algo en inglés, que yo no entendí. A media noche, antes de terminar los teatros, debíamos abandonar aquel campo de batalla. Las grandes figuras de Montmartre —una bastante linda, la otra algo hombruna pero simpática— nos echaron del hotel. Temían ser descubiertas por los maridos, que habían ido al Casino. Repentinamente pensaron que éramos dos industriales prontuariadas. La idea de habernos encontrado en Montmartre las había hecho pensar mal. Yo dije que vivía en una *péniche*. No sabía la versión de Gaby. Las mentiras de Gaby y la falta de estrategia nuestra nos hicieron sospechosas. Después supe que Gaby les había dicho que yo era su gobernanta. Ambas mentiras nos valieron el mal rato de ser expulsadas como mujerzuelas, después de dos días espléndidos. Yo no había sido considerada de tan baja categoría desde hacía tiempo. Quise contarle a Perlot la aventura de la despedida de Gaby, pero él se molestó mucho. No sabía que fuera mi *hermana*. Me insultó y me llamó mentirosa, y me dijo que al día siguiente me examinaría su médico de confianza. Es mi peor recuerdo de París. Las maneras afables me ofendían. La forma en que me trataban parecía preparada para enloquecerme. El médico era un psiquiatra joven, de no más de treinta años. Bastante buen mozo. Me hizo infinidad de preguntas, hasta que llamó al otro médico, de más edad. Empezaría el *test*, que resultó interminable. Pasó de la paciencia a los modales bruscos. Cada pregunta se iba haciendo más agresiva. Llegó un momento en que no pude soportar tanta estupidez, y le grité al médico que me retiraba. Mi acento extranjero me salvó. Algunas palabras mías no le sonaban con su exacta significación, por mi falta de idioma. El médico joven había anotado, según

el segundo, que yo estaba encinta. El viejo, que era muy desagradable, aseguró que su colega podía tener razón. Era una sospecha. Estuve por decirle que era virgen. Pero no me lo creería, y la ficha de maniática estaría entonces asegurada. Me contó —para distraerme, lo comprendí— que en Francia era muy perseguida la mujer que se presentaba a un laboratorio, y que la consideraban grávida. El médico desaparece del anuario oficial y es condenado. En cambio, me explicó que en Suiza basta que un médico psiquiatra descubra anomalías en la mujer para que recomiende el aborto. Entonces, con ese certificado en la mano, usted se va al primer cirujano o médico partero y exige que le hagan la intervención. Lo que creí una manera de distraerme o de intentar sacarme el malestar que me producían las preguntas —necesarias pero tontas— resultaba una insinuación. Salí de la clínica, enfurecida. Abandoné todo en pocos minutos y regresé, resuelta a cambiar de manera de ser con Perlot. Este ya había planteado el caso: Fanny debía irse a viajar, y él se casaría conmigo. Fanny era rica y podía dejarlo. De mí disponían como les daba la gana. Mil dólares en el banco. Mi cuenta bancaria sólo había aumentado en un centenar de dólares, los del cheque de la norteamericana. En cambio, había aparecido en escena Luis Castromagno, quien me había cubierto de joyas que las norteamericanas sabían cuanto valían. Yo llevaba puesto un diamante, recuerdo de mi segundo encuentro con Luis y Fanny, y con él aumentaba mi importancia ante cualquier hombre o mujer. Perlot quería separarse de Fanny, pero siempre que yo fuese la causa. Por otra mujer no lo haría. Fanny era muy buena amante. Había adelgazado un poco, y tenía unas ojeras de sombras atrayentes. Llamaba la atención. Su cuerpo seguía siendo elástico, y mantenía va-

liosos secretos con Perlot. La musculatura de su sexo era de muy rara formación. Hacía lo que quería con el hombre, pero Perlot no admitía la separación sin que yo le prometiera casarme con él. Yo había cambiado. Hablaba más de lo que naturalmente habla una muchacha sin idioma. Podía replicar a Perlot y convencerlo de mi completa fidelidad. Ni uno ni otra había conseguido jamás quitarme mi frialdad. Fanny o Perlot —pensé— me dan lo mismo. Quedaba por resolver la escaramuza entre ambos para pasarme a Castromagno con beneficio monetario para Fanny, ya que en este negocio nada tenía que ver el distraído Perlot. Al mandarme a un médico pensó que descubriría la pista de muchas cosas que sucedían. Pasó algún tiempo ausente. Viajamos a Saint-Moritz. No me gustó la montaña. Me hizo daño. Los médicos de allá dijeron que no eran para mí las alturas. Y volvimos a caer en la rueda de Castromagno, quien nos invitó a Fanny y a mí a pasar unos días en Cannes. Adoré el amarillo de las mimosas de Cannes; dije que quería morir allí, asesinada o como fuere, pero morir en la Costa Azul. Ibamos a Grasse a respirar el aire perfumado. ¡Maravilloso!

Una sonrisa irónica, y por lo tanto extraña en el rostro de Eva, subrayó todo lo que dijo después sobre su belleza como si se refiriese a algo muerto o ausente que había tenido razón de ser en alguna oportunidad:

—También en París la belleza no me dejó vivir, trabajar. Para darle una idea de cómo impresionaba yo donde aparecía, le contaré mi recuerdo más claro. Hay en Passy, vecino a una placita en que se pueden ver cinco esquinas, un restaurant con terraza. Se llama *Chez Ana*. Lleva el nombre de su dueña, ex cocinera de Clemenceu según versiones. Es una mujer pequeña y muy lista. Yo tenía

cita allí con un fotógrafo que me había presentado Gaby. Me prometía incorporarme a las muchachas que sirven para la publicidad en casa de modas. Creyó que no había lugar mejor que *Chez Ana* para lucirse conmigo. Llegué antes de la hora convenida. En la terracita había cinco gatos maullando, que acaricié un momento, el tiempo para que Ana me contemplase. Cuando entré ya me había calado hasta los huesos. Adelantándose, me dijo: "El señor está en la última sala". No quise entender que decía: "Monsieur le prince está al fondo". Porque me pareció que se burlaba de mi raído fotógrafo, vestido a la moda de Saint-Germain. Caminé hasta el fondo por un corredor estrecho y encontré a un hombre solo. Era el príncipe Alí Khan. Lo conocí como a la torre Eiffel. No se publicaba otra foto que la suya en cuanta revista compraba Fanny. El hombre levantó la vista, y nada más. Di espaldas al príncipe y volví a la primera sala, donde estaba Ana en su mostrador. "¿Cómo?" —me interpeló— "¿No está el príncipe?". "Sí" —le contesté—. "Pero no es ese señor el que espero". Mi francés ya empezaba a hacerse claro. "Pues mi pequeña" —replicó Ana—, "tú mereces un príncipe". Con aquellas palabras me consagraba. Yo vi, al través de los cristales de la terraza, que mi fotógrafo bajaba apresuradamente de un taxi. Salí a su encuentro. No me animé a explicarle lo que me había pasado. Nos sentamos en una mesa que de mala gana nos indicó Ana. Ella seleccionaba la clientela, y si ésta no le gustaba decía que las mesas estaban todas reservadas. Mientras almorzábamos, Ana me hizo varias veces señas de desconformidad, muecas feas. Reprobaba al fotógrafo. Mi amor propio se molestó con la intromisión de la celestina. Después supe que allí se juntaban los más prominentes señores del *turf*, siempre los mismos en todos los

países, con el mismo tipo de queridas y la misma charla y la misma indiferencia por todo lo que pasa en el mundo. El fotógrafo me ofreció un contrato como modelo para probar ropa interior. Me sacaron cientos de fotografías. Me pagaron una miseria. Imposible vivir de la publicidad —tan cara en las revistas— con un sueldo de hambre. Gaby debió acompañarme para que no se me echaran encima los hombres más estúpidos de París. Empalagosos, babosos, feos. La mercancía era yo, no los saltos de cama que exhibía. Salí en "El Fígaro": toda una página con mi cuerpo tras velos de colores y con corpiños irreales. Aquel almuerzo me permitió conocer a Bettina, la que esperaba el príncipe. "Una yegüita" —me dijo Ana al despedirme—. Me pidió que volviese por allí, pero sola, porque alguien quería conocerme. Ese día supe el valor de mi cuerpo. Ana tendió la mano hasta mi mentón y me dijo: "Tú puedes llegar muy lejos". Alcancé a ver pasar el príncipe que Fanny buscaba. Volvimos a Cannes, porque yo exigía tan sólo pasarlo en lugares que me alegraban.

Castromagno tenía acciones en el Negresco, en el Kursaal, según decía.

—Cuando a uno de estos forajidos con tanto dinero se le ocurre que una puede ser su mascota, pasan cosas increíbles. Castromagno nos dejaba libres todo el día. Visitamos amigos de Fanny que tienen casas en Golf Juan y Antibes. Todas están como internadas en sanatorios, deshechas, alrededor de mesas de juego. Quemaron sus cuerpos por ambos lados, al decir de un lema de un príncipe. Las pobrecitas nos recibían con alegría, pero terminaban odiándonos. Fanny se peleó con casi todas ellas. Para enfurecerlas bastaba que les contase cómo me había conseguido. Fanny mentía, deformaba los hechos. Al agrandarlos los volvía novelescos. Cuanto

menos reales parecían, más fastidio causaban. Si se sentía detestada estiraba la mano y me acariciaba la nuca. Una de sus amigas le arrojó un *briquet* que tenía en la mano. Otra le pidió que me dejara una noche para verme a la luz de la luna. Me prometió mucho dinero. Daba una fiesta, y yo sería la sorpresa. Una sudamericana entre gasas. Fanny no me permitió quedarme. Esa vez empezó a forcejear por el precio. Sin ninguna violencia, hablaban de miles de dólares por mi exhibición. Era toda gente muy madura, y nada me harían. Así subastada, dejamos aquel palacio junto al mar, cerca de villa California, donde vivía Picasso. Fanny se alegraba de conocerme fiel. No sabía que a muy alto precio les habría dado el gusto. No por capricho, sino por aprovecharme de tanta fortuna que veía derrochar. Castromagno ganaba millones de francos en el casino de Monte Carlo, entre armadores griegos y actores famosos. Yo era quien le traía suerte. Por cada millón, me daba una cantidad. También me regalaba joyas que vendía un usurero a la salida del casino. Como estaba amaneciendo cuando volvíamos al Majestic, después del *souper*, las vitrinas anticipaban su apertura para satisfacer al millonario español. Compré un cofre para las alhajas. Fanny se sentía triunfadora. Todo lo que ella había leído en mis manos en el Victoria, se cumplía. Le regalé un broche que le gustaba más que a mí. Ella me ofreció entonces enternecida un tapado de visón, con un compromiso. Debería yo llevarlo en la calle, en todas partes, puesto sobre las carnes, e ir a bares, o a restaurantes, así como andar por la *promenade*, completamente desnuda. Como hacía fresco, nada me importó satisfacer su capricho. Esto producía en Fanny tal locura sexual que llegó a darme miedo. La piel de visón acariciaba mi cuerpo. No llevaba ni *bretelles*. Nada. Bas-

taba abrir el tapado para que Fanny me viese toda entera. Le propuso tal cosa a Castromagno. Volví a ponerme el tapado y me paseé en un coche tirado por caballos, a los largo de la *promenade des Anglais*, con sólo medias de nylon y zapatos. Al sol del medio día se puede abrir un tapado en un recodo del camino que va a Villefranche y mostrarse una tal cual la echó Dios al mundo. Luis me preguntaba si la idea me excitaba. De ser Fanny la curiosa, lo habría negado; pero a Castromagno le dije que tal idea me volvía loca. Y esto lo puso frenético. Estoy segura ahora —lo puedo decir, Carlos—, ahora y solamente ahora, que Fanny me vendió a Castromagno, no sé por qué cantidad de dólares. Luis creyó que madame Perlot me tenía dominada por algún delito o por algún vicio. Nadie sabía nada de mí. Mi pasado atraía porque jamás conté mi infancia. La única persona que hablaba español en el barrio de Neuilly era la planchadora. A Gaby le gustaba oírnos conversar. Descubrimos un gato envuelto en trapos dentro de la vitrina en que mostraba sus plegados a fuego. Era un gato negro. Al subir le golpeamos en el vidrio, y percibimos el maullido. A la semana siguiente, ya no era un gato negro. Era uno barcino. También estaba vendado, quieto, al sol. Volvimos a golpear en el cristal, y no nos maulló. Le pregunté a la española si el gato estaba herido. Me contó que era una gata, que no estaba herida, sino operada. Le preguntamos de qué había sido operada, y contestó que toda su plata se la llevaba el veterinario de la Porte Maillot. La tercera vez, unas semanas más tarde, tenía otra gata en la vitrina, también vendada. Era gris, y debía de ser de raza. "Por esta gata me cobró el veterinario más que por las otras" —me dijo—. No se las compraba al veterinario. La española las hacía castrar, "para

que no tengan trastornos con los gatos" —sostuvo. Y agregó: "Así pueden vivir felices, mi querida". Terminó su cuento con una caricia.

Eva observó a Carlos con intensa mirada. En el curso de su relato no lo había mirado tan atentamente. Pretendía que Carlos relacionase la necesaria crueldad de la española para con los felinos. Pero, además, Eva quería que él relacionase el episodio con algo que a ella le roía por dentro.

La tormenta se desató. Volaban papeles y se golpeaban puertas. Los ojos de Eva habían cambiado totalmente. Eran ahora los suyos unos ojos de gata capona. de gata alimentada, gorda y rechoncha, para esperar la muerte.

Las ráfagas de viento invadieron la terracita del hotel. La lluvia empezaba, a goterones. Carlos pagó la cuenta y se despidieron de las porteñas, excusándose por la repentina huída. Ellas querían que esperasen un poco en el hotel.

—Es una tormenta de verano —argumentó la señora.

—Todas las tormentas parecen de verano —dijo Eva, y se apretujó a la izquierda de Carlos, que levantaba el brazo como si fuese un ala.

Corrieron hasta el automóvil dando traspiés en el terreno, que, aunque seco, estaba resbaladizo. Al meterse en el coche, Eva suspiró, como si aquel cambio de postura o de lugar le sentara muy bien. El confort del asiento la hizo arrellanarse. Subiendo los cristales le dijo a Carlos:

—Ahora... que se venga el mundo abajo...

Tenía una sensación de choza. Esa sensación que se experimenta de pronto sin que se sepa por qué. Carlos encendió el motor con parsimonia. Le parecía que entraba en una tormenta de otras dimensiones. Se sintió obligadamente solo con Eva, aislado del mundo, sin testigos. Bastaba la presen-

cia de las porteñas para que no se sintiese tan separado del mundo. Eva miró al cielo, y en el cielo se cernían nubarrones de un oscuro amenazador.

La muchacha se hizo un ovillo al lado de Carlos. El automóvil arrancó, y a los pocos minutos, al remontar una cuesta, le pidió que detuviese la marcha.

—Póngase al lado del camino. Ahí —señaló—, cerca de esos matorrales.

Carlos obedecía. La tormenta desencadenada barrió las playas, levantando las olas del mar. Lo hacía, al fin, verdadero mar, libre, inmenso. Las aves volaban sin rumbo. El viento alteraba la tranquilidad de la costa. Las arenas, ya sometidas al chaparrón, no se elevaban hasta la duna. Eva apareció ante los ojos atentos de Ochoa transformada, víctima del cambio brusco del tiempo. Era un animal más, apretada contra el hombre que conducía. Los cristales del parabrisas ofrecían un paisaje borroso, que por momentos lucía como una conciencia alterada. Eva empezó entonces a hablar en un tono de voz ronco, gutural, extrañísimo. La temperatura de afuera presionaba en el curso de su sangre.

—Carlos —dijo, metida entre su ropas, que se plegaban contra las de Ochoa—, Castromagno quiere eliminar a su mujer. Está casado con una española. Ella llegó ayer y se alojó en el Nogaró. No la he visto, pero Castromagno tiene un plan para envenenarla. Asegura que en Punta del Este se puede eliminar impunemente a cualquiera. Cita casos concretos. Tiene todo preparado. Ella es una mujer histérica, que toma una cantidad de gotas y píldoras para dormir. No tengo más que hacerle compañía, dormir una noche con ella como su enfermera. Aumento la dosis, y todo está terminado. Castromagno tiene un médico que le dará el

certificado de defunción por efecto de somníferos. Nadie puede acusarlo. Ha llegado de Madrid, enloquecida, sin dormir, escapada de un sanatorio. Todo lo favorece. Carlos... —gritó Eva— si la mato y no me acusan del crimen, no voy a poder vivir. Si me descubren, será horrible. Si no la mato, debería yo acusar a Castromagno de tentativa de muerte. Tampoco me sirve no matarla, porque él supondrá que puedo hablar de su proyecto a alguien, denunciarlo... En España no hay divorcio. El quiere separarse de su mujer. Le estorba en los negocios. Ella lo deja vivir con cualquiera, pero Luis quiere matarla porque, si no, ella heredaría millones. Ayer me lo ha propuesto. Ya no puedo evitar nada. Estoy perdida, Carlos. Carlos, si por lo menos pudiese yo encenderme contigo, contigo Carlos, o con cualquier hombre o mujer, para desquitarme de la vida... Pero es imposible, imposible hacer nada. Nada. ¡Nada! ¡No siento nada...!

Y, repitiendo esta palabra fatal, Eva buscó los labios de Carlos, como si tuviese sed.

Ochoa no tenía sed. Estaba empavorecido, atónito.

Las nubes corrían ahora hacia el sur como bandadas de pájaros inmensos. El cielo abríase a tajos.

Eva, como obligada, levantó la boca hasta los labios de Carlos. El inclinó la cabeza instintivamente, automáticamente, estúpidamente.

Eva Burgos acaba de morir bajo la lluvia, en el lugar más oscuro y denso de los pinares. La noticia de su fallecimiento no apareció en la siniestra y provechosa columna necrológica, pira funeraria con

que deben desayunarse los habitantes de Montevideo. Su muerte —y su inmortalidad— empezó en la crónica de policía. En el montón que alimenta a las empresas periodísticas, destacado en negrita, del que a veces sale un muerto, uno solo, y se acapara una página entera, no apareció registrada la noticia de su fallecimiento. Dio un salto y se situó entre las relampagueantes informaciones sensacionalistas. Era la crónica que se esperaba para distraer a la opinión pública, preocupada por latrocinios impunes o por la carestía de la vida. Eva Burgos, hallada muerta en las húmedas arenas de un bosque espeso, rodeada de frascos vacíos de barbitúricos y de somníferos muchas veces mortales, venía a plantarse en la primera plana de los diarios. El día antes —lo señalaba la crónica— la habían visto reír de modo poco corriente entre "las de su clase". Esa risa un tanto guaranga que mueve al marido a posar la mano en la espalda de su mujer, o que provoca simplemente tosecitas forzadas, era la risa de Eva Burgos en el ambiente pacato, violentamente contenido del club; la risa que ella lanzaba y sostenía hasta que le llegaba la censura de Castromagno. Nunca se pudo saber quién vio una mano acercarse al hombro de Eva, ni quién advirtió algunos detalles extraños a la vida de sociabilidad y confió al cronista policial de un diario de la tarde la intimidad hermética al par que sugestiva. En los titulares de los "grandes rotativos" despuntó la sospecha. A las pocas horas de hallado el cadáver de Eva, una pregunta abría el surco de cualquier suposición. "Extraño suicidio", fue el primer alerta. "¿Murió en el terreno o la llevaron a él muerta?" El amante era millonario. Un extranjero de vida atrayente para los merodeadores del mundo social y para la totalidad de los lectores de las "crónicas de sociedad". Frecuentaba los lugares re-

servados para los grandes financistas, los banqueros, los políticos comprometidos con el dólar y las damas sin brillo pero cargadas de diamantes, impuesto su nombre porque viajaba en avión particular; porque difícilmente se lo veía a la luz del día; porque usaba lentes negros para ocultar sus cejas ralas; porque había adquirido el suntuoso chalet de X, lejos de las posibilidades de un uruguayo; porque dejaba rodar la leyenda de sus millones con lentitud, como una mancha de aceite que se extiende; porque en su casa tenía telas que podían ser de museos saqueados o de coleccionistas arruinados por la guerra; porque en las reuniones de su casa se bebía el mejor vino de Francia, y porque había lanzado a la más bella de las mujeres, asombrando en las páginas de las revistas ilustradas a servicio de magnates cuyas vidas resultaban mucho más documentadas que las de una aristocracia propagandística fea y venida a menos. Ante las distinciones que no llegaron a ofender a los acaudalados, sorprendidos por su discreción, se negó a aceptar las llaves de una ciudad balnearia. Castromagno había aprendido más rápidamente que otros afortunados mortales el arte sutil de conducirse como millonario. La alta escuela de los armadores extranjeros, de los industriales de la postguerra, de los traficantes de implementos bélicos, no es menguado oficio. Una comida ostentosa; un leve traspié en las antesalas de Montecarlo; la precipitada felicitación al príncipe de Mónaco cuando no se está suficientemente autorizado para ello, pueden malograr muchos años de una paciente espera. También a los millonarios les llega la hora de las puertas abiertas de par en par, entre los muros de palacios de la Côte d'Azur, vigilados por sabuesos que los propios acaudalados pagan para obtener

los informes necesarios. Oscura genealogía de las dos postguerras.

Luis Castromagno había conseguido la inscripción en los clubes estrictos, en los cónclaves secretos, en las logias del dinero. Los mejores climas lo fueron llevando de un extremo al otro de la tierra. En cada aterrizaje, la discretísima recepción de los secretarios de consorcios, de banqueros sin mácula, guardianes impasibles de la economía de los "países - subdesarrollados", siempre gubernistas, siempre atentos a que el inevitable golpe de Estado se lleve a término el viernes a fin de mantener cerrada la Banca durante tres días: sábado y domingo, obligatoriamente; el lunes será día feriado por el acontecimiento; y el martes se abrirán de nuevo las puertas de los bancos, con las cotizaciones debidamente acomodadas. La historia lo dice.

El pinar en que apareció exánime el hermoso cuerpo de Eva era el más denso de la región, junto al rumor del mar en la alta noche, en una multitud de sombras prisioneras. Eva pasó una noche —la de su agonía tal vez, la de su primerísima muerte— tendida en las húmedas arenas. Porque no habían terminado todavía los efectos mortales del veneno ingerido cuando una garúa otoñal empezó a luchar entre la fronda para atravesar la densidad de las hojas vivas. A mí me interesaba saber si en la vecindad de su cuerpo, de su glorioso cuerpo de mujer, de Friné rediviva, había alguna hoguera que le hubiese alcanzado piadosamente la mano trémula del humo. Sin conformarme este detalle, que resulta casi insignificante y de escasísimo valor para pesquisantes interesados y escandalosos croniqueros,

busqué el rastro del fuego. Descubrí la mancha de ceniza negra como una cicatriz en la tierra. Sí. Eva había aspirado el humo. Contemplé los tizones, que se habrían apagado con el agua. El sabor delicado del humo, la brisa del mar, que habría alcanzado a esa piedad vegetal, vinieron en cierto modo a colmar la necesidad que yo tenía de saber si la joven suicida, Eva Burgos, había recibido tamaña bendición. Estaban las huellas del humo sobre la arena sedienta. Entre ella y el mar se interpuso la azul presencia de una pequeña hoguera. Nunca sabría yo, ni nadie, si Eva fue acompañada en su viaje eterno por el ruido intermitente de que tenía yo conocimiento.

A estas alturas debo presentarme al lector. Si dijera yo quién soy; si deslizara mi nombre; si dejara entrever que mi voz es la de una determinada presencia, tal vez defraudaría al que lee. Puedo ser muchas personas, o por lo menos una de las que regresaron del cementerio sin articular palabra, en apretado silencio. También puedo ser nada más que una voz, simplemente una voz, que ayudará al lector a conocer a Eva, y al narrador de esta historia a contar una vida. Mi intervención puede también hacer creer que soy un protagonista de la corta y violenta existencia de la suicida, y que como tal me asomo de tiempo en tiempo a explicar algunos de los enigmas de Eva Burgos. Protagonista no es precisamente el calificativo. Si no he participado de un destino, si en mis manos no estuvo jamás la brújula de la hermosa mujer, mal puedo yo ser protagonista de su historia. No pesa sobre mí la más leve responsabilidad. Hasta podría yo decir

que nunca vi sus ojos encendidos ni supe de su carne estremecida. No seguía sus huellas. Sus pasos vinieron a mí como las hojas de otoño ruedan por los acantilados de un camino. Soy una voz que se deja oir cuando el narrador lo permite o cuando el alma de Eva Burgos lo reclama desde el más allá. . .

Mis pasos en la arena no dejaron huellas. Pero huellas que sólo yo sé valorar se hallaban a pocos pasos de su cuerpo muerto, de sus últimos despojos. Aquellas huellas tenían formas indefinidas para los ojos de los policías, de la justicia, de los buscadores de escándalo. Pero no faltó alguien que dejara caer interrogantes en las columnas de los diarios. La fácil cloaca recogió las argumentaciones del imaginativo, de pluma vendida. Y los sabuesos policíacos abrieron con placer los sobres de los anónimos en que diligentes colaboradores, desde la sombra, orientaban la pesquisa. Sí. Las huellas que había cerca del cadáver de Eva eran huellas de lucha. ¿De qué lucha? Se puede luchar de muchas maneras. Pero no todas las luchas dejan huellas sobre la tierra, sobre la arena. Se lucha en el mar, y al cabo de unas horas el rastro de la batalla se incorpora a la renovada virginidad del aire. El agua recupera su permanente fidelidad al tiempo. Las arenas en que se había luchado cambiaron como la faz de una adúltera sorprendida, no bien la lluvia dejó correr su manto piadoso. Poco a poco, lo que había sido el trazo impecable de un pie masculino se transformó en una geométrica forma sin encanto y sin misterio. Pero alguien que vio aquellas formas descubrió en ellas brutalidad. Oí dar

importancia a las arenas desordenadas, al rastro que ocultaba algo cuya realidad nadie llegaría nunca a conocer. Oí las conversaciones. Vi luego las fotografías de aquellas marcas sobre la tierra, en los vespertinos. Junto a mentiras internacionales, al pie del retrato de un benemérito ciudadano que "sirvió a la patria" —que vivió negociando con el presupuesto sin equivocarse jamás—, uno de esos héroes impuestos violentamiente, aparecían los grabados de aquellas huellas que quedaron en la arena a pocos metros del cuerpo de la envenenada como vestigios de una lucha inexplicable. Alguien habría estado en el pinar y habría hecho uso de la fuerza para impedir que Eva se suicidara. O sería lo contrario: la habría violentado, y luego, abandonada en el lugar por el victimario, la bella mujer habría decidido tomar la extrema resolución.

Huellas en la arena, casi borradas por la garúa. Allí no estaba el secreto de la muerte de Eva.

Cuando un Príncipe de la realeza cuyos orígenes se pierden en el tiempo, en papeles amarillos, visita la tierra americana, un palor inevitable vela la voz de la burguesía. Estamos todavía añorando un tiempo ido ya, que no disfrutamos, de cuyo perfume algunos saben extraer las más puras esencias. El Conde, la Princesa, el Marqués, el Duque, si poderosos y genuinos, ganan terreno con aparente modestia. A veces se entregan bonachonamente y dejan que sus títulos sean digno remate de las últimas batallas. En otros casos, impónense con la opípara mesa tendida. El cronista "de sociedad" es seducido con el sobre cerrado en que se desliza el billete flamante. De la lista de pasajeros se sal-

ta a la del *rummy-canasta,* hasta que llega el momento estratégico de la gran comida epilogando la serie de *cocktails* escalonados en que fueron puestos a prueba los más duros bebedores. El asalto criollo a la bodega del linajudo aventurero, o al noble que no ha venido a menos en la banca, tiene las mismas impiedades que el de los indígenas a la toldería de los Adelantados.

Luis Castromagno dio al fin la gran comida. Eva había sido introducida semana tras semana, mes tras mes, año tras año, cautelosamente. Una sola ausencia veraniega en cuatro años produjo un vacío que pudo ser considerado hazaña táctica del astuto millonario. Invitaciones europeas privaron a Punta del Este —nada menos que en un festival internacional de cine— de la presencia de la maravillosa mujer. El espectacular chalet de Castromagno fue contemplado por las forasteras actrices de cine durante los seis minutos necesarios para que un visitante se diga por lo bajo: "no veo qué tiene de extraordinario esta casa". "En Miami —se dirían ellas— no nos habríamos detenido ante un chalet como éste ni obligadas por un pinchazo en el neumático delantero de nuestros Cadilacs". Luego, la carcajada norteamericana o el intencionado bostezo del actor contratado. La mansión deslumbró a los veraneantes por la presencia de Eva Burgos más que por las ocultas piscinas de natación, con agua dulce o salada, con peces de colores, revestidas de azulejos importados de Italia. La gente se extasiaba porque allí vivía la mujer más bella, la más sencilla. Una racha de extravagancias había sido condenada por cronistas y gacetilleros. La oportunidad sirvió a Eva Burgos, quien podía marcar un momento de cordura en el disparate de moda insistiendo con el traje blanco de baño, que nunca se repitió en las olas marinas.

Una pequeñísima variante, que los muy duchos advertían, determinó una bella época para el balneario. Eva podía indicar, con sus manos de dedos increíblemente finos, el sitio de los comensales que asistirían a la gran comida en homenaje al Eminente-Hombre-Público cuya brillante actuación en la UN había conmovido hasta las cenizas de los próceres. El banquete fue estudiado por un grupo de amigos de Castromagno. Los "caballeros" convinieron en que no se debía dar ninguna noticia de la comida hasta después que ella se hubiese realizado. Y, aun así, que la lista de los comensales debería ser transmitida más bien por vía oral, para no entrar en paralelo ni parangón con algún ágape oficial. No trascendió que el banquete era brindado por Castromagno al Eminente-Hombre-Público, porque no convenía limitar la presencia de elementos sociales, entre los que había no adictos al personaje por haber éste militado en el fascismo uruguayo y no por su actuación en el extranjero ni por sus ideas antinacionales.

Ardua fue la preparación del banquete. Técnicos en la materia dedicaron, para no omitir detalles, las mejores horas de su dejarse estar en la arena. No había que centralizar la reunión en el Eminente-Hombre-Público, sino dejar correr posteriormente que Castromagno había logrado acercar las inexistentes fuerzas electorales del Eminente a las de su más próximo amigo, el Ministro aquél que podía cerrar prostíbulos para su usufructo personal.

Eva observaba melancólicamente los repetidos *cocktails* con que se iba planeando la gran comida, que causaría asombro. El último viaje a Europa y a los Estados Unidos la había como entristecido. "A su belleza no le sienta mal un poco de melancolía" —le dijo un diplomático español muy cursi, a una señora, seguro de que minutos después la

frase andaría por entre las copas hasta llegar a los oídos de la que oficiaría de dueña de casa.

Eva aprendió a velar sus ojos verdes con una lágrima tan lejana, tan sin dueño, tan transparente, que mujer alguna supo jamás dar esa sensación de pedir apoyo sin pronunciar palabra. "Ojos velados de reina traicionada" —dijo alguien, otro cursi, pero éste del país. Uno que se ocupó tanto en las exequias de la señora de Castromagno, que terminó por conseguir lo que se proponía: hacerse sospechoso de estar en el secreto del suicidio guardando silencio, como si hubiese recibido alguna carta póstuma, un documento desconocido. Con las manos superpuestas sobre el precoz abdomen, de pie junto al ataúd, allí estuvo sin vacilar un instante, dejando rodar por sus mejillas discretísimas lágrimas fugaces que elevaban su pesada humanidad. De tanto en tanto un suspiro, seguido de una mirada para soslayar el efecto que producía en los demás su tribulación por "la muerte de la Belleza". El tutor de aquellas primeras horas frías de Eva era regordete, de rostro inexpresivo y manos húmedas y pequeñas. Sostenía el adelantado triperío del magnate con una faja que el saco, ligeramente abundante, no alcanzaba a disimular. La calvicie había dado forma a su cráneo, de curvas nada definidoras, como hecho de miga de pan. Si en el claro amanecer de Punta del Este no lo hubiera sustituído un conocido periodista, nadie habría empezado a formular preguntas acerca de aquella especie de totem de carne y hueso, rechoncho, bajito, lloroso. Ante los asombrados ojos de la gente, caíase de cansancio el extraño poseedor del cadáver, cuando hizo acto de presencia el personaje central. Castromagno pasó por la sala mortuoria al despuntar el alba, cuando el hombrecito dejaba su lugar al nuevo cuadro de honor. El po-

tentado miraba el ataúd de Eva como a la rúbrica final de un contrato irrevocable, de algo así como una sentencia condenatoria que ningún juez del mundo se prestaría a rever. Con el suicidio de Eva terminaba el reinado comercial de Castromagno en América del Sur. Había empezado a ejercer el monopolio de cierta industria vital la noche en que diera el gran banquete al Eminente-Hombre-Público.

El suicidio de Eva dio mucho que hablar. Se inventaron cartas, se editó un folleto chantagista. Un político que no había sido llamado al gran banquete lanzó a la policía sobre pistas falsas mediante sucesivos anónimos, que parecieron útiles pero sólo sirvieron al fin para confundir los hechos y despistar a la justicia, arrinconada "en un ángulo oscuro", como el arpa de Bécquer. Había que hacer fatigosa e insoportable la vida de Castromagno. Había que acercarse al monopolio originado en la gran comida de honor al badulaque, que en el festín sólo había cosechado una rosa roja que Eva le tendió con una mano abstracta, casi invisible. El "Eminente" había vendido la Historia de su patria. Eso era todo. No valía la pena hurgar en sus finanzas. Los cronistas policiales, que eran a la vez sabuesos del Gran Capital y formaban en la policía política, sabían que jamás se aclararía el suicidio de Eva y que quizás aquel hombrecito rechoncho conociese más que nadie el misterio de la desaparición de la bella muchacha. Pero en el terreno que pisaban, los dos personajes que se habían expuesto a la chismografía veraniega resultaban tan inabordables como algunos de los personajes del último banquete.

El suicidio de Eva Burgos selló la temporada. Algunas damas se ufanaban de haber mantenido relaciones con Castromagno. Otras, más cautas, las

más comprometidas, esposas de frangolleros del verano, de trepadores de baja estofa, corrieron un velo espeso sobre la frecuentación de los extranjeros multimillonarios. Más de una, éstas sí señaladas por la radio y las cronistas sociales, negaron haber recibido favores de mérito y regalos deslumbrantes, recuerdos nada frecuentes de aquel medio. Los criollos no saben todavía ser dadivosos. Están en la etapa anterior a la europea. De manera que si alguna señora pignoraba la joya por comprometedora o porque a su marido no le parecía adecuado que luciera un collar tan llamativo, el recuerdo de otra señora pública venía a la memoria de cualquiera, y las alhajas obsequiadas por algún armador se hacían presentes. La "ministra", la "senadora". la "diputada", debieron dejar para épocas mejores los vistosos regalos de Castromagno. Sólo alguna que otra desenfadada, a la espera de un nuevo millonario, aguardaba, en una secreta y cínica organización, el arribo de los príncipes con renta o de los magnates de la gran banca, y estaba pronta para acercarse a la actriz de cine yanqui lo mismo que al evadido de Sing-Sing o al príncipe de sangre real. Nunca supieron distinguir estirpes, colores ni prosapias. Lo interesante era aprovechar las ansias del forastero a su manera y no perder el puesto número seis o siete en la crónica de sociedad. Sabían que jamás figurarían a la cabeza de la lista mientras no muriese esta o aquella encumbrada.

¿Quién puede hablar, no siendo yo, de algunos de los sentidos de Eva? Sumada a su belleza, una prominente calidad guiaba sus pasos; y, más que

guiarla, la llevó lejos, a una zona en que se salvan los privilegiados. Amaba la música, ignorando que esa vocación la distinguía más que otra cualquiera en el mundo en que le tocó vivir. Un sentido, el auditivo, permaneció en ella inviolado, salvaje, prodigiosamente virgen. No sé si Eva oyó el choque del guijarro que alguien estúpidamente dejó caer sobre la superficie serena del agua de la pileta en que ella se bañaba en las tardes de estío, oyendo el canto de los pájaros. Yo sé que, aguzando el oído, descubrió desde la serenidad sonora y clarísima del agua estancada sonidos que mucha gente no conocía. ¡Delicioso dejarse estar en la pileta de agua dulce! Temblaban las primeras estrellas en los crepúsculos caniculares, y Eva, solitaria, gozaba del instrumento dulcísimo del agua que ceñía sus formas. El canto de los pájaros rozaba apenas la inmóvil superficie. Entrada la noche, su bello cuerpo se desplazaba en dos o tres movimientos de nadadora. Escurríase el agua por las líneas armoniosas de su espalda. Aquel hombrecito rechoncho solía alcanzarle la toalla seca, inmensa como un manto de luna, en que ella se guarecía de posibles miradas indiscretas. Más de un paseante detuvo su marcha entre el ramaje para espiarla. Eva lo sabía. En la soledad del parque, acallados los trinos por las primeras sombras, Eva elegía las piedras blancas por donde iban sus pasos de junco mensajero.

Su sentido auditivo le hizo ganar la batalla más difícil. Entró en el cónclave de los grandes iniciados. Atrapó ella en el aire el desconcertante acento del francés como a un pájaro azul que la salvaría. Lo hablaba con las inflexiones de voz que acepta el gran mundo; que asombra, sin pensarlo mucho, a los hombres sensibles. Al regresar de Europa, Eva Burgos hablaba un español suave con mezcla de madrileño, sin cargazón, con la voz dulce de

una señora cubana. Oír hablar a Eva era sentirse invadido por una música conocida de la que no se tenía memoria cierta.

El secreto de Eva Burgos estaba en el acento con que decía las palabras. Toda su carrera astral la debió a su voz. Yo sé por qué lo digo, ahora que se le acabó toda posibilidad de repetirse en el tiempo.

Hay quien asegura que Eva Burgos nunca dejó su país. El arte puede ser tramposo y permitirse cualquier exceso. Para eso es arte, es magia. ¿Por qué no puede ser Eva Burgos uno de tales excesos? El sentido que a ella le faltaba fue motivo de discusiones entre los interesados en estudios de caracteres y en el ámbito de los que se internan en los arcanos de la parasicología, pintoresquismo de la ciencia.

Lo cierto es que Eva Burgos acaba de salir de la correccional de mujeres, y que en el momento en que se escriben estas líneas no tiene destino. Lo está aguardando en un bar de cuarta categoría, si es que hay bares de primera. Acaba de cruzar las piernas, como tantas otras mujeres, y enciende un cigarrillo de apestoso tabaco.

Está esperando qué hacer ahora que no está guardada por los barrotes de la celda, inventada por una sociedad que defiende su moral, unánimemente de acuerdo en mantener la prostitución legalizada.

Eva está a la espera. El azar es para ella, y para otras también, el Dios común. Acaba de entrar en otra cárcel. Y ésta no es menos atroz que la primera.

En el mes de Julio del 60.

alfa

La abundante obra de ENRIQUE AMORIM —decenas de títulos, varios géneros literarios, millares de artículos periodísticos— ha enriquecido más de una vez la literatura latinoamericana con obras como "La Carreta", "El caballo y su sombra", y "El Paisano Aguilar" que han sido vertidas al inglés, al italiano, al portugués, al alemán y al checo en varias oportunidades.

Con rasgos evidentes de un hecho de crónica policial que, en su momento, conmovió a la opinión pública, Amorím ha dejado en EVA BURGOS —la última novela que escribiera— una acertada crítica social de ciertos ambientes internacionales, donde el individuo deviene una pieza insignificante en el juego de la corrupción y la ambición. EVA BURGOS, la víctima del juego, se hace en manos de Amorím algo más que una pieza; se hace médula de la obra, en un retrato imborrable de mujer que hace historia en la narrativa uruguaya.

Carátula: ZABALA - CARBALLO